

La Ilustración Artística

AÑO XII

BARCELONA 13 DE MARZO DE 1893

NÚM. 585

Próximamente comenzaremos la publicación de la interesante novela de Héctor Malot «ANIE» traducida por Antonio Sánchez Pérez, con preciosas ilustraciones del célebre dibujante Emilio Bayard

SUMARIO

Texto. - *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. - *La iglesia de San Ignacio de Loyola, en Manila*, por X. - *El vecino*, por Luis Taboada. - *D. Pedro el Cruel. Crónica relativamente antigua*, por Luis de Llanos. - *Miscelánea.* - *Nuestros grabados.* - *¡Si fuera verdad!*, por Enriqueta Lozano de Vilches. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *La cronofotografía* (continuación).

Grabados. - *Vista interior del templo de San Ignacio de Loyola, en Manila; Imágenes del Sagrado Corazón de Jesús y de la Purísima Concepción; Vista exterior del templo; Imagen de San Ignacio de Loyola*, seis grabados. - Jorge R. Davis, director general de la Exposición universal de Chicago. - *Las sardineiras*, cuadro de Ignacio Ugarte (de fotografía de Nicolás Capdevilla). - *Tristes recuerdos*, cuadro de R. Poetzelberg. - *¡Tierra!*, cuadro de Fernando Cabrera. - *Episodio de la guerra de la Independencia*, cuadro de César Alvarez Dumont (de fotografía de J. Prieto). - *Figura 14*, grabado correspondiente a la cronofotografía. - *Erase que se era...*, cuadro de Pennasilico.

VERDADES Y MENTIRAS

Hablaba en mi última *Crónica* del marasmo en que está sumido el arte, aquí, en este gran núcleo vital de la nación; marasmo que comenzó a acentuarse visiblemente en la época de la Exposición de 1890 y que al presente alcanza un grado verdaderamente alarmante.

La vida artística está en Madrid supeditada por entero a la protección oficial; así que, si no hay algún edificio público que decorar, algún acontecimiento del fuste del fallecido Centenario ó alguna exposición donde vender al Estado la obra premiada, debe renunciarse á ver algo que salga de los estudios de los artistas digno de fijar nuestra atención durante cinco minutos. Lo mismo aconteció en literatura - me refiero á su calidad; - púdnense en las librerías los libros, y tan sólo los de erótica lectura ó los de texto y al-

guno que otro festivo merecen las distinciones del público. Del arte dramático, ni hablemos; en los teatros de verso (alta comedia, drama, etc.), se recurre á obras de nuestros clásicos antiguos y modernos y á traducciones del francés; y sin embargo de representarse *Traidor inconfeso y martir*, *El drama nuevo*, *Don Alvaro, et sic de cæteris*, el Español se ve desierto, no muy concurrida la Comedia, y es preciso que se estrene una obra de Echegaray ó de Galdós para que las empresas de ambos coliseos cuenten un lleno. Eslava y Apolo viven con más holgura, merced á los picarescos gestos de graciosas actrices que interpretan obras donde hay chistes por el estilo de este:

porque el que más y el que menos
cuando monta, monta bien.

Estoy oyendo que algunos de mis lectores se pregunta al leer lo dicho: ¿qué tiene que ver todo esto



VISTA INTERIOR DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, EN MANILA

con la protección del gobierno ni con nada que al gobierno atañe? A demostrar voy cuántos y cuán graves son los perjuicios que la política — mejor dicho — que las rutinas políticas por que se rigen hace diez y ocho ó diez y nueve años los hombres de Estado que nos mandan, vienen causando á la cultura en general del país y en particular á la de esta desdichada capital, donde todo idiotismo tiene cabida.

Cuantos intenten el desarrollo de la instrucción, especialmente en España, no podrán relegar el conocimiento de nuestras revueltas políticas. Factor importantísimo la política de cuanto somos hoy en todo orden de cosas, la instrucción pública sufrió y sigue sufriendo cuantos vaivenes aquélla experimenta, ya por los cambios doctrinales, bien tan sólo por el criterio de los ministros de Fomento ó de media docena de personalidades, encargadas de cosa tan baladí como es el cuidado de la cultura nacional.

Desgraciadamente como cosa de escasa importancia vino hasta ahora teniéndose — salvo en el período revolucionario — esto de los intereses intelectuales; pero al presente llega esa indiferencia de nuestros políticos á tal grado, que causa espanto é ira. Y aquí viene la política. Para nivelar presupuestos desnivelados por causas de todo el mundo conocidas y que huelga enumerar ahora, no encontraron otro medio, dentro de las estrechas doctrinas de escuela que actualmente nos rigen, que hacer economías á bulto. Bien venidas fuesen las tales economías si obedecieran en primer término á un plan meditado y estudiado durante largo tiempo, y en segundo, á conseguir la mayor facilidad en los trámites todos de la tutoría que de los intereses complejos de la nación viene ejerciendo la centralización del régimen parlamentario. Bien venidas, repito, fueran las decantadas economías siempre que se realizasen en favor de los bolsillos de los contribuyentes y de su cultura. Pero cáta-te precisamente con todo lo contrario. No tan sólo se aumentan los impuestos, sino que se disminuye, de un modo que casi parece burla sangrienta, el caudal necesario para fomentar la riqueza pública en sus dos aspectos, material é intelectual.

Es menester echar una ojeada sobre las memorias, monografías, etc., que continuamente están publicando los centros y corporaciones de enseñanza, lamentándose de la escasez de recursos con que cuentan para llenar la misión que les está encomendada. Es menester no perder de vista las deficiencias inmensas que se notan en los desbarajustados planes de instrucción, en los cuales, si huelgan asignaturas faltan otras de imprescindible necesidad, si hemos de ser los españoles algo más que toreros ó diputados de la mayoría. Es menester no olvidar que en ninguna nación de Europa existe menor número de publicaciones técnicas, así científicas como industriales y artísticas. Es menester, en fin, que no se nos pase por alto cuán bajo es el nivel de la cultura en España. Y con todo esto, cuando en la capital de la nación no puede sostenerse un mercado de arte, ni grande ni pequeño; cuando la educación artística — hoy casi obligatoria en algunos pueblos del mundo civilizado, y sin casi en Alemania é Inglaterra — aquí se desconoce por completo, dándose el caso de que un médico, un abogado, un hombre de ciencias ignore lo que es un bajo relieve y lo que es un arquitrave y la diferencia que existe entre una acuarela y un óleo; cuando aquí no hay quien lea una obra como *La historia de las ideas estéticas*; cuando aquí es imposible sostener una revista dedicada exclusivamente á la difusión del gusto por las artes plásticas y la literatura; cuando todo esto sucede, del menguado presupuesto de Fomento se rebajan ¡catorce millones de pesetas!

¿Creerán mis lectores que es el ministerio que menos economías hace, por lo mismo que es el de la hacienda del porvenir, como dijo un ilustre hombre público? ¡Buen desengaño si tal creen! Lean el siguiente estado recogido por la prensa:

Fomento.	14.500.000 pesetas.
Guerra.	7.000.000 »
Gracia y Justicia.	3.500.000 »
Hacienda.	2.300.000 »
Gobernación.	1.500.000 »
Presidencia y Estado.	1.000.000 »

De Marina no se sabe á estas horas, pero seguramente no llegará á un par de millones. Un dato importante: el presupuesto de Guerra es cuatro veces mayor que el de Fomento.

A todo esto, los gabinetes de Física de nuestros institutos sin un aparato — salvo raras excepciones; — los edificios dedicados á escuelas de instrucción primaria, verdaderamente nocivos para la salud de los niños y ruinosos en su mayor parte. Sin un Museo que valga tres pesetas, así de obras de arte, como científicos, industriales, agrícolas, de Historia natural, etc., etc. Sin que nuestros estudiantes sepan lo que

significa una estatua ó un cuadro, sin que se les haya obligado durante su paso por institutos, escuelas normales y universidades á estudiar un compendio de historia del arte, ese *ojo de Polifemo*, que decía Bacon, sin el cual la historia de la humanidad sería la estatua de un ciego. Y sobre todo esto, cercenando al artista pensiones y á las escuelas de Bellas Artes materiales, hasta el extremo de que en la Central de Madrid no haya calefacción en varias clases; de que carezca la de Teoría é Historia de obras y modelos gráficos y plásticos — pero así, por completo; — de que á los pintores y escultores que, tras años de labor asidua y de gastos enormes, no se les adquieran las obras premiadas, hechas *ad hoc* para el certamen, y por consiguiente imposibles de ser vendidas á un particular, por las condiciones del tamaño y del asunto.

¿Quién declama, quién pretende declamar contra la ignorancia en que se revuelca esta mísera nación, presa de caciques y casuismos políticos que parecen empeñados en conservarla en santa perpetua ignorancia? No estampó, no, para nosotros el pensador Grotius aquel aforismo cien veces repetido: «No es bastante que un pueblo tenga lo preciso para su sostenimiento y su vida, es menester que ésta le sea agradable.»

Decía yo en cierta ocasión: «Soy del número de los que creen que no debe exigirse á los gobiernos la tutela de cuantos intereses morales y materiales son necesarios al desarrollo del Estado; por el contrario, mi ideal, como el de tantos que comulgan en la misma creencia, tiene por base que la intervención administrativa, curadora de los poderes públicos, sea en cantidad mínima, no solamente porque significa tanto como destruir toda inmoralidad aneja á la centralización en este sentido y lograr que desaparezcan gran parte de los apetitos que el poder despierta, sino porque acusaría un estado de cultura y bienestar por nosotros no alcanzado hasta el presente.» Pero este ideal, como otros muchos que alientan en el espíritu humano, por más generosos y elevados que sean, ó quizá por eso mismo, se estrellan contra la realidad de las cosas, y esta realidad obliga á la razón á encerrarlos en el lugar destinado á las utopías, á las locuras sublimes, hasta que les llegue su imperio — si es que les llega. — Mientras tanto, es menester acudir á los tutores del eterno menor de edad, es preciso hacerles entender á los que tienen á su cargo la dirección y administración de los complejos intereses del pueblo, que no pueden ni deben mirar lo de carácter intelectual y moral como secundario; es menester que se les advierta, mejor dicho, que se les exija cuidado especialísimo por esos intereses, más sagrados que los materiales.

Y las bellas artes son, dentro del campo moral, del histórico y del social, inexcusables elementos. Dada la esfera de acción en que respiran, en que se desarrollan; dado el grado de expansión intelectual que para su vida requieren; dada la influencia psicológica que ejercieron y ejercerán siempre en la humanidad, no es posible negarles el altísimo lugar que la gran maestra de la vida, la Historia, viene señalándoles.

Pero ya ven los que este desaliñado artículo lean cuán de distinto modo piensan por las alturas. Y no debiera extrañarme, porque aún recuerdo como si fuese ahora lo que decía cierto personaje político (estoy tentado de escribir su nombre) en una reunión de gentes de su prosapia, á propósito de las obras decorativas que por entonces se realizaban en San Francisco el Grande de esta corte: «¡Eso es inicuo; eso debiera de tratarse en el Congreso y en la prensa! Cuando la nación carece de barcos de guerra, de vías férreas y de tantas otras cosas de utilidad, se están gastando millones y más millones en dar de comer á cuatro santeros y otros tantos pintores, con el pretexto de *ilustrar* (palabra textual) esa iglesia.» Y como le objetara alguien desde lo alto de su olímpica altivez, replicó: «¿Le da usted algo al pueblo con esas cosas? (las cosas debían ser cuadros y estatuas). No puedo comprender cómo se distrae el dinero del contribuyente en adquirir pinturas y esculturas; eso es lo que no entiendo.» (Claro, ¡qué había de entender él y otros tan... como él!)

¿Queda indicada la causa de por qué se mira esa atonía artística de que hablaba al comienzo de este artículo? ¿Puede esperarse que un pueblo exhausto por completo de toda educación estética, vaya á aplaudir las obras de Tamayo ó de Zorrilla, en lugar de rugir de puro gozo con las desvergüenzas y desplantes de baja estofa que tan á menudo se ofrecen en varios teatros? Yo he visto rechazar chistes de color subido la noche del estreno, y ocho días después reírlos.

Para terminar voy á contar un cuento que he olvidado dónde lo leí, pero que viene ahora su recuerdo como anillo al dedo.

Erase un labrador rico, muy aficionado á cacerías y jiras campestres y á tirar de la oreja á Jorge. Sostenía por lujo una porción de criados; la mitad de ellos inútiles y ociosos por lo mismo. Se echó una querida para no ser menos que otros dos vecinos suyos más ricos que él, y así vivió tres ó cuatro años; pero un día, echando cuentas, vió con espanto que sus rentas no alcanzaban para aquellos despilfarros y que las deudas le comían la mitad de lo que las tierras le rendían.

«Vaya, Perico, se dijo, esto no puede seguir así; es menester que haga economías... No, en las cacerías no puedo economizar, porque... ¡qué dirían mis vecinos! Pues en criados... Bueno, suprimiré de los cuarenta seis...; eso es... seis. Para el juego, en lugar de cinco mil duros, cuatro mil quinientos. ¡Qué dirían mis vecinos si me viesen levantar el campo cuando vienen las malas!.. Tocante á lo que le paso á Julia... ni pensarlo. ¡Ante todo, que vean que la sostengo con tanto lujo como mis vecinos... ¡Perico, no sale la cuenta!..»

El labrador se quedó pensativo. De repente se da una palmada en la cholla: «¡Gracias á Dios! Encontré el medio de equilibrar mis presupuestos. Media ración á las mulas, y en lugar de gastar ochenta mil reales en trigo para la siembra, con veinte mil que se arreglen los mozos de labranza.»

R. Balsa de la Vega

Madrid, 27 de febrero de 1893

LA IGLESIA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA EN MANILA

La nueva iglesia que los padres jesuitas tienen actualmente en Manila álzase en la calle del Arzobispo, muy cerca del palacio del Excmo. é Ilmo. Metropolitano de las Islas.

Con el año 1878 comenzaron los trabajos preparatorios para la construcción del templo, cuyo proyecto fué confiado al arquitecto de Manila D. Félix Rojas. Tiene la planta del edificio la figura de una cruz latina, comprendida en un rectángulo de 42'40 metros de longitud por 20 de anchura, dividido en el sentido de su longitud por dos filas de columnas intermedias que forman una nave central de 10'60 metros de anchura y dos laterales de 4'70, teniendo las tres una longitud de 25 metros desde la puerta de entrada hasta el crucero. Este es de planta rectangular, de 8'10 metros de lado, con dos capillas laterales que se extienden con el ancho correspondiente á las naves laterales, y el presbiterio con la anchura de la nave central tiene 9'30 metros de profundidad. La altura total media desde el pavimento á la parte más elevada del crucero es de 17'20 metros, reduciéndose en la nave central á 16'80 metros, y en las naves laterales se divide por el piso de las galerías á contar desde la cornisa que une las columnas del cuerpo bajo, dejando 9'40 metros de altura á dichas naves laterales y 7'80 metros á las galerías superiores, lo mismo que al coro, situado á los pies de la iglesia con la anchura del primer intercolumnio.

La ceremonia de la colocación de la primera piedra de este templo se verificó el día 9 de febrero de 1878 y en seguida comenzaron las obras bajo la dirección del expresado arquitecto Sr. Rojas, y á la muerte de éste, bajo la del hermano de la Compañía de Jesús Francisco Riera, quien ha podido verlo terminado con la cooperación de los distinguidos artistas que le han acompañado en la ejecución del templo dedicado al ilustre fundador y patriarca de la Orden.

La arquitectura general del templo es greco-romana. Majestuosa se presenta á la vista del espectador la nave central, formada por un intercolumnio de orden corintio, que terminando por una simple cornisa sirve de base al cuerpo alto de dicha nave, formando las galerías de acceso al coro. Sobre las columnas de este templo alto descansan el entablamento y la escocia, que sostienen el techo plano ó artesonado, dividido en casetones, cuya ornamentación es rigurosamente propia del orden indicado. En los tímpanos del intercolumnio se ven preciosos medallones de relieve, orlados de palmas y hojas de roble representando varios santos de la Compañía de Jesús.

El techo de las naves laterales es abovedado para formar el pavimento de las galerías, y el de éstas es artesonado, como el de la nave central, aunque de casetones menores, pero del mismo orden arquitectónico.

A ambos lados del crucero están situados dos altares, el de la izquierda, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, y el de la derecha á la Inmaculada Concepción; los retablos, en cuyos nichos descuellan ambas imágenes de escultura acabada, pertenecen al mismo orden corintio. En el rectángulo central co-



IMÁGENES DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS Y DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN, existentes en el templo de San Ignacio de Loyola, en Manila
Obras de Manuel Flores y Crispulo Hogson, filipinos

respondiente al techo del crucero se destacan diez medallones que contienen los bustos de los diez compañeros de San Ignacio al fundarse la Compañía.

Una escalinata de mármol blanco con balaustrada de madera tallada da acceso al presbiterio, en cuyo centro se levanta el retablo principal ó altar mayor, cuya base de mármol blanco primorosamente labrado ostenta al frontal en el que se ve esculpida en alto relieve *La Cena*, de Leonardo de Vinci. En el retablo está colocada la bellísima imagen de San Ignacio de Loyola, uno de los primeros ornamentos escultóricos de la iglesia que describimos, y el estar aquél compuesto de dos cuerpos ha dado la elevación necesaria al nicho en que está puesta la imagen, permitiendo desarrollar convenientemente la figura del santo y colocar el Sagrario al pie de la base en que éste descansa. Rico artesonado cobija el presbiterio en medio del cual destaca la paloma, símbolo del Espíritu Santo, orlada de rayos de gloria rodeados de preciosa moldura filigranada.

Cerca de la Purísima y en el extremo derecho de la nave central admírase otra joya artística de singular mérito y belleza, el púlpito, hermoso en su conjunto y riquísimo en sus detalles, en el que descuella de un modo particular el gusto predominante en el siglo XVI, que por ser en el que se fundó la Compañía de Jesús prevalece en todo el templo. Formado por un cuadrado con los ángulos achaflanados presenta en dos de las caras principales otros tantos elegantes relieves que representan el descenso del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico y la figura del Salvador en el momento de confiar á los apóstoles la mi-

sión de predicar el Evangelio; tres estatuas, la Fe, la Esperanza y la Caridad, ocupan igual número de nichos colocados en los tres chaflanes. El tornavoz afecta la misma forma del púlpito, y sus pequeñas pilastras descansan sobre lindos querubines: el remate inferior ó parte baja está compuesto por seis ángeles rodeados de nubes. La baranda hállase sostenida por seis hermosas columnas estriadas, y en los espacios intercolumnares vense esculpidos en medios relieves los cuatro Evangelistas, ocupando el último lugar superior el Príncipe de los Apóstoles. El conjunto descansa sobre un granado torzal de roble que parecen querer sujetar graciosas cintas entrelazadas, y que, como el pasamanos, parte desde la primera base de la columna inferior hasta arriba, dando la vuelta al púlpito. Toda la ornamentación de esta preciosa pieza es de talla de ricas maderas en su color natural, lo mismo que los altares y la balaustrada del presbiterio.

La fachada del edificio está compuesta de dos cuerpos que guardan la severidad greco-romana; tiene el primero la elegante solidez del orden jónico y ostenta el segundo la riqueza que caracteriza al corintio. Las puertas que dan entrada á la iglesia, una central y dos laterales, están divididas por casetones de adorno tallado. Una elegante verja de hierro, labrada en Manila, cierra el atrio que media desde la línea de la calle á la fachada.

Terminaremos este trabajo dando alguna noticia acerca de los artistas filipinos y españoles que han contribuído al embellecimiento del templo de San Ignacio de Loyola.

Son los primeros: Isabelo Tampingco, escultor tallista, de cuyos talleres han salido todas las obras propias de su arte que en esa iglesia existen y cuyos trabajos merecieron una de las principales recompensas en la Exposición universal de Barcelona de 1888; D. Manuel Flores, autor de las imágenes de San Ignacio de Loyola y la del Sagrado Corazón de Jesús y del grupo de ángeles que hay en el púlpito; don Crispulo Hogson, autor de la escultura de la Purísima Concepción y del resto del púlpito, y D. Félix Martínez, pintor, autor de los dos cuadros al óleo de gran tamaño, el primero de los cuales representa la apoteosis de los BB. MM. de Inglaterra P. Juan Nelson, P. Tomás Cótam, P. Tomás Woodhouse, P. Edmundo Campton y P. Alejandro Briant, de la Compañía de Jesús, y el otro la de los santos Confesores P. Pedro Claver, H. Juan Berkman y H. Alonso Rodríguez. Del mismo pintor es el colorido de las imágenes descritas.

Los artistas españoles son: D. Francisco Rodoreda, marmolista, á cuyo cincel se deben la mayor parte de las labores de los mármoles que adornan los tres altares de la iglesia; D. José Fuentes, ayudante de Obras públicas, autor de la delineación y proyecto de los altares y de dos elegantes torres destinadas una á campanario y otra á torre del reloj, y D. Agustín Sáenz, director de la Academia de dibujo de Manila, profesor del Ateneo municipal, maestro que ha sido de los más renombrados artistas filipinos y autor de los dibujos según los cuales han sido ejecutadas las imágenes que hemos descrito.

X.



VISTA EXTERIOR DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, EN MANILA

EL VECINO

I

Doña Fulgencia, la mamá de Amparito, se ha quedado viuda «en edad temprana», según dice ella; pero la verdad es que frisaba en los cuarenta y cinco cuando su dulce esposo pasó á mejor vida.

Doña Fulgencia disfruta una modestísima pensión y además cuenta con el apoyo de un cuñado suyo, que tiene fábrica de pastas alimenticias en la calle del Bonetillo y le manda todos los meses uno ó dos curuchos de tallarines. En cuanto se le rompen, ya los está mandando envolver y dice á uno de los dependientes:

— Esto para mi cuñada. De todas maneras los tenemos que tirar.

De modo que doña Fulgencia y su hija están condenadas á tallarines rotos y perpetuos; pero en cambio no gastan un solo real en sopa. ¡Ay! ¡Ojalá pudieran decir otro tanto respecto de los demás artículos comestibles!

A doña Fulgencia lo que más le apura es el porvenir de Amparito.

¡Si Dios le deparase un buen esposo!

Pero la niña parece un besugo. Tiene la boca esférica, los ojos escaldados y la barba en forma de babucha. Aparte de esto, cecea al hablar y toca el piano lo mismo que un conductor del tranvía.

La mamá cree todo lo contrario, y siempre que la chica se sienta ante el instrumento, exclama la pobre señora dirigiendo los ojos al espacio:

— ¡Qué manos! ¡Qué agilidad la de esta criatura!

Guiada por su amor hacia Amparito, la lleva todas las mañanas al Conservatorio, para que se haga una

profesora y para que sepa ganarse un pedazo de pan, caso de que no encuentre un esposo rico.

Pero lo encontrará. ¡Vaya si lo encontrará! Siempre que Amparito sale á la calle, nota con júbilo que los hombres la miran asombrados.

— No es porque sea mi hija — dice la mamá á las personas de confianza; — pero habrá pocas jóvenes de sus años que tengan los atractivos de mi Amparito. Lo único que la afea es la falta del colmillo superior de la derecha; pero se lo pienso poner en cuanto cobre los atrasos de mi difunto esposo.

La preocupación constante de doña Fulgencia consiste en adornar á la niña, y en cuanto se ponen de moda los boás de piel de conejo ó las capas con capucha ó las chaquetillas toreras, ya está la madre cariñosa haciendo toda clase de sacrificios para vestir á la niña con arreglo al último figurín; y como sus recursos son escasos, tiene que aprovechar la tela de otros vestidos anteriores y sale la chica á la calle hecha un adefesio.

En la actualidad usa una capeta con embozos de seda, color tomate pasado, que más que capeta parece una pantalla, y la mamá está tan satisfecha de su obra, que dice á todo el mundo:

— Vea usted lo que es la disposición de algunas personas. Con un poco de lana dulce y media vara de seda le he hecho á mi Amparito una capa de moda que llama la atención en el Conservatorio y en todas partes.

Por supuesto, Amparito no hace absolutamente nada dentro del hogar. Su madre quiere verla ante el piano día y noche, porque allí está su porvenir; así es que la muchacha no sabe coser, ni freir una chuleta, ni repasar unos calcetines.

— Tú te debes al arte, dice la mamá.

Y la chica se pasa la existencia tocando todo lo que sabe, que es bien poco, pero que ocasiona dolores de cabeza á los vecinos.

Las criadas no pueden resistir en aquel domicilio arriba de ocho días. Al noveno, todo lo más, cogen el baúl, se embozan en el mantón y dicen á doña Fulgencia:

— Señora, yo me voy.

— ¿Por qué?

— Porque la señorita es capaz de volver loca á la estatua de la Cibeles.

— ¡Insolente! ¡Zafia! ¿Qué tienes tú que decir de mi Amparito?

— ¿Qué tengo que decir? Pues que toca el piano lo mismo que si estuviera sacando agua de un pozo. ¡Ande usted y que le den morcilla!

Nada de esto obliga á doña Fulgencia á variar de conducta, y por el contrario, cada vez se persuade más y más de que la niña se está labrando un porvenir con sus propias uñas.

Doña Fulgencia confía todos sus proyectos á una amiga de la niñez llamada doña Ramona. Viuda también, pero sin hijos, suele pasar muchas horas en casa de su antigua compañera, y las dos se ponen de acuerdo acerca del modo de hermosear á Amparito.

— Lo que debes hacer, dice doña Ramona á su amiga, es ponerle el colmillo cuanto antes. Ahora los hay muy baratos: por siete pesetas le pusieron á una vecina mía tres maxilares y dos incisivos.

— Lo que yo deseo, sobre todo, es teñirla de rubia.

— No te lo aconsejo. El tinte es muy perjudicial: el año pasado se tiñó la de González y á los dos días tenía el cutis cubierto con una capa como la de los melocotones.

En estas y otras consultas invertía su tiempo doña Fulgencia, y entretanto Amparito pulsaba con mano firme las teclas del sonoro instrumento.

II

Doña Fulgencia y su hija habitaban el cuarto segundo de una casa sita en la calle del Gato.

En el principal residía Demetrio Clarete, un joven abogado, huérfano, con unas patillas preciosas y una renta de cincuenta mil reales, producto del corcho que poseía en Extremadura.

El comenzó á dirigir miradas insistentes á Amparito siempre que se la encontraba en la escalera y á preguntar al portero:

— ¿Pero quién toca el piano encima de mi cabeza?

— La señorita del segundo, contestaba el susodicho portero.

— ¡Ay!, exclamó Clarete.

Y nada más; pero todo esto lo supo doña Fulgencia con regocijo reconcentrado.

— Se conoce que es persona aficionada á la música y estima en lo que vale el mérito de mi niña, pensó la mamá; y transmitió á Amparito su sospecha.

— Toca, hija mía, toca todo lo fuerte que puedas, para que goce el vecino de abajo, decía cariñosamente doña Fulgencia estrechando contra el seno al fruto de su matrimonio. ¿Quién sabe si ese hombre llegará á ser algún día el marido que te conviene? Es rico, es cariñoso, puesto que ama á los animales. Tiene un gato con el cual duerme y á quien considera como si fuese una persona de su familia. Lo sé por el portero.

Clarete miraba cada vez con más insistencia á su joven vecina. No sólo la seguía ávidamente con los ojos cuando ésta entraba en su habitación, sino que además se asomaba á la ventana del patio levantando la cabeza todo lo posible, como si esperase que se presentara aquella pianista incansable.

— Ya está asomado el joven entusiasta, decía doña Fulgencia á su niña. Toca, toca á fin de embelazarlo.

Y Amparito rompía á tocar las tan acreditadas *Campanas del monasterio* ó la *Stella confidente* ú otra pieza así, de éxito seguro.

Después cerraba el piano; extendía por la faz los finísimos polvos de arroz y se asomaba á la ventana del patio, por recomendación de doña Fulgencia, que le decía en voz baja:

— No te quepa duda: ese chico está impresionado. Debes mirarle con cierta simpatía, pero con dignidad al mismo tiempo.

Entonces Clarete desaparecía de la ventana, no sin dirigir sus ojos al piso superior con cierto interés mal disimulado.

— El pobre es tímido, murmuraba la mamá al verle desaparecer. Se conoce que le da rubor tu presencia.

III

Amparito adelantaba visiblemente en ejecución y en ruido.

Antes se la oía desde toda la casa; después se la oyó desde la esquina de la calle, y por último desde la plaza de Santa Ana.

Y Clarete cada vez la miraba con más fijeza, ora en el portal, ora en la calle, ora en la ventana del patio.

— Pero ¿quién es esa señorita?, preguntaba al portero.

— Pues una señorita huérfana de padre, que es una verdadera profesora, según dice doña Fulgencia, su mamá.

— ¿La madre se llama doña Fulgencia?

— Sí, señor; doña Fulgencia Cascarín.

— Bueno.

Clarete acariciaba algún proyecto trascendental, puesto que había tomado nota del nombre de la inquilina del piso segundo.

El portero transmitió inmediatamente á doña Fulgencia lo que acababa de oír, y la pobre señora creyó fallecer de júbilo.

— ¡Amparito, Amparito!, entró diciendo con la faz alterada por la emoción. Ya no cabe duda: ese joven aspira á tu mano.

— ¡Cómo!, exclamó la chica.

— Ha celebrado una conferencia con el portero; ha apuntado mi nombre en la cartera. Querrá tomar informes antes de decidirse.

Amparito rebotando alegría abrió el piano y se puso á tocar un galop estrepitoso. Al hacer un *fortissimo* en la octava baja, rompió una tecla, pero siguió tocando con frenesí para enloquecer á su adorador.

En aquel momento sonó la campanilla de la escalera y la criada del piso principal entregó á doña Fulgencia un billete perfumado. Era del joven vecino y decía así:

«Señora doña Fulgencia Cascarín.

»Muy señora mía: Auro que tema abusar de ustedes, les suplico que me permitan subir: quiero hacerles un ruego del que depende la tranquilidad de su seguro servidor q. b. s. p. *Demetrio Clarete.*»

Doña Fulgencia escribió con mano rápida las siguientes líneas:

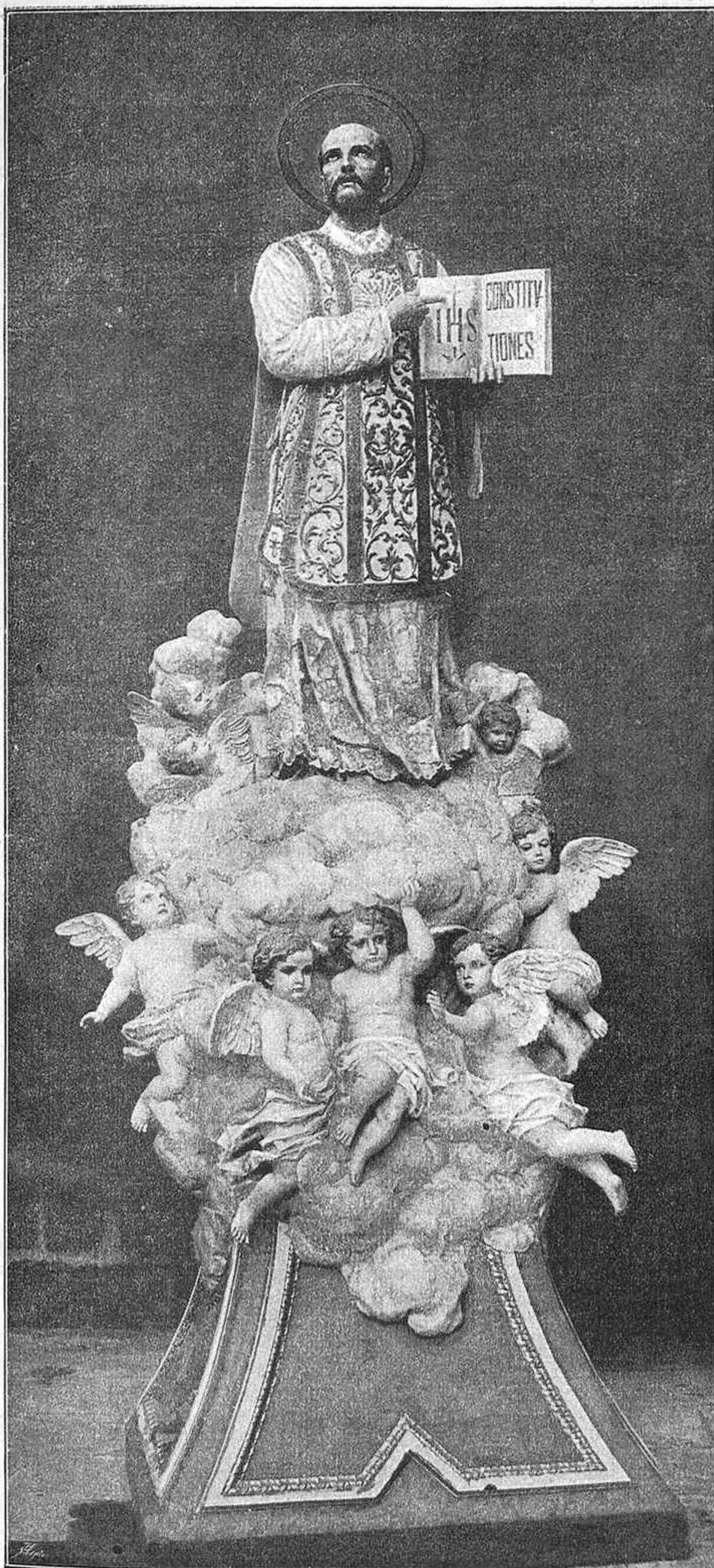
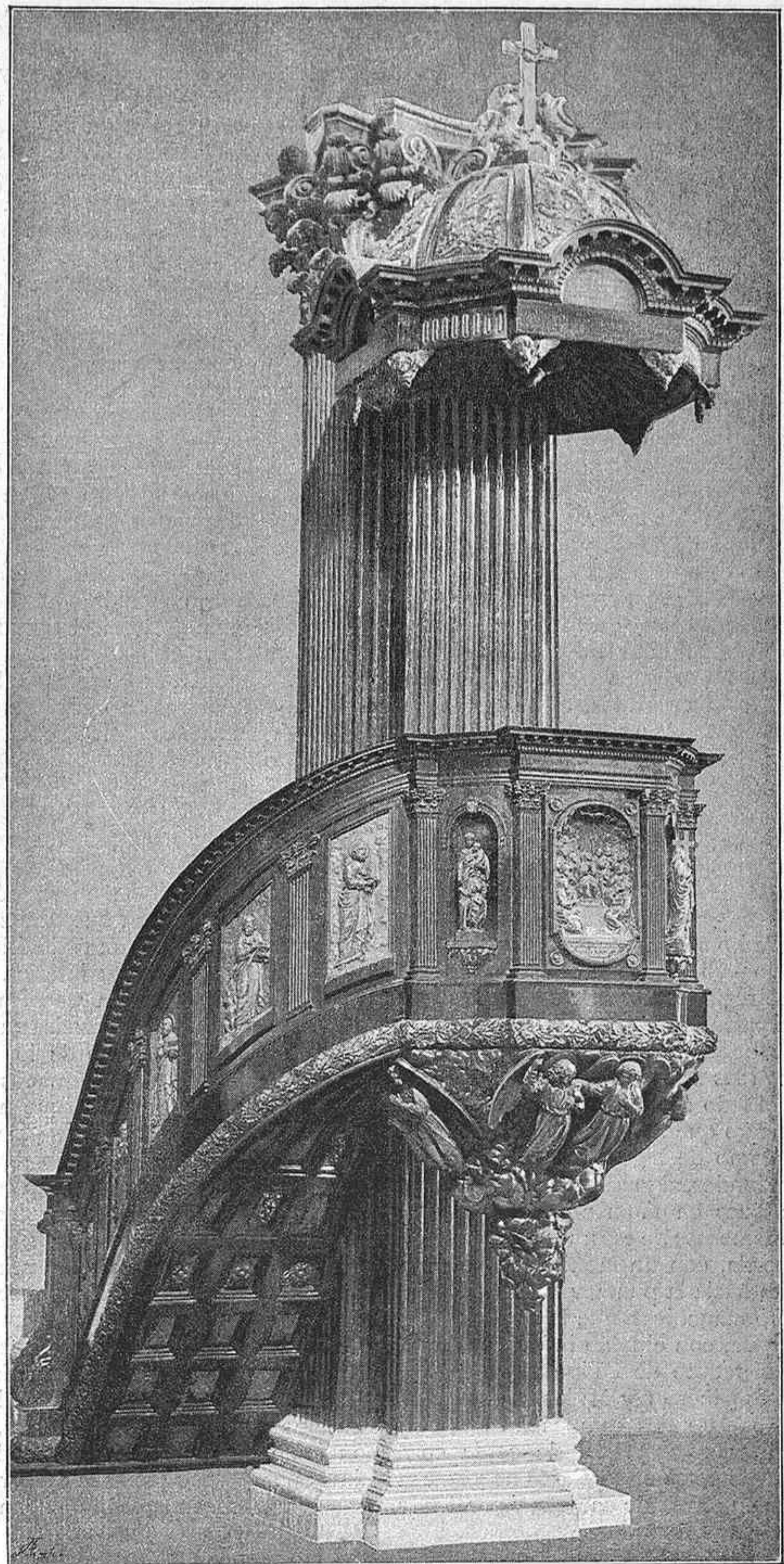


IMAGEN DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS existente en el templo de San Ignacio, en Manila, obra de Manuel Flores



PÚLPITO DEL TEMPLO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, EN MANILA primorosa obra de talla, ejecutada por Crispulo Hogson y Manuel Flores

«Joven estimadísimo: Puede usted subir cuando guste. Suya, *Fulgencia Cascarín.*»

Después corrió al lado de su hija, y sin darla tiempo á leer la carta de Clarete, cogió la borla de los polvos y cubrió con ellos la fisonomía de Amparito; después la peinó las cejas y los rictos de la frente, echóla sobre los hombros una toquilla azul pálido y dijo con voz alterada:

— Va á subir; va á pedirme permiso para que yo tolere vuestras relaciones. ¡Ay, hija mía! De este paso depende tu porvenir. Trátale con toda la amabilidad posible; hazte querer, hija de mi alma. Yo voy á ponerme la manteleta. Estoy por mudarme el calzado, porque estas zapatillas me hacen el pie muy grosero.

Amparito no cabía en sí de gozo; doña Fulgencia

tuvo que beber agua, porque dijo que sentía así como una bola que le subía desde el estómago á causa de la emoción, y cuando estaban en esto volvió á sonar la campanilla de la escalera.

— Que pase á la sala ese caballero, dijo la mamá de Amparito á la doméstica.

Clarete entró en la sala y tomó asiento en una silla inmediata á la puerta.

Cinco minutos después aparecían radiantes de felicidad doña Fulgencia y Amparito.

— Ustedes dispensarán mi atrevimiento, dijo Clarete.

— Todo lo contrario, contestó la mamá con sonrisa cariñosa.

— Yo vivo en el cuarto principal, añadió el joven.

— Ya lo sabemos, dijo la niña suspirando.

— Pues bien, concluyó Clarete, vengo á decir á ustedes que esto no puede seguir así...

La mamá y la niña se miraron en silencio: ambos corazones latían aceleradamente y la felicidad se les escapaba por los ojos.

— Hable usted con toda franqueza, exclamó la mamá.

Clarete entonces se puso de pie diciendo:

— O esta señorita deja de tocar el piano, ó un día se me acaba la paciencia y pego fuego á la casa.

LUIS TABOADA

(Prohibida su reproducción.)

DON PEDRO EL CRUEL

CRÓNICA RELATIVAMENTE ANTIGUA

PRÓLOGO

No voy á hablar del desgraciado rey D. Pedro de Castilla, por unos llamado el Cruel y por otros el Justiciero — y que con más razón debiera llamarse «D. Pedro el de la Familita,» á causa de aquella partida de hermanos tunantes con que le dotó la Providencia; — voy á hablar de otro D. Pedro, de apellido Varela, y por Dios que el tal nombre le cuadraba; de otro D. Pedro no menos famoso en las crónicas castellanas de la barbarie, tan cruel como el que más, pero que no era rey, sino solamente dómine de latín y de los mejores. Y de sólo volver los ojos hacia ese pasado ya lejano, que por mi cuenta son muy bien transcurridos cerca de 40 años, yo, uno de sus discípulos predilectos... me echo á temblar..., siento que se me abren las carnes de dolor..., se me figura que la inquisición existe todavía y que los verdugos me visten la hoga llameada y me cubren la cabeza con el tremendo cucurucho.

Al tomar la pluma para ocuparme de mi D. Pedro, se me figura oír el campanillado del secretario del Santo Tribunal mandando abrir las puertas de la cámara del tormento, y hasta percibo el olor al sudor frío de los ajusticiados, el de la sangre caliente... y con un poco más de imaginación creo que hasta disfrutaría del olorillo á carne chamuscada que tanto apetito debe despertar á los señores antropófagos.

I

DON PEDRO

D. Pedro según unos era navarro, según otros vascongado — yo creo que era vándalo; — el caso es que vino de regiones del Norte á calentarnos las orejas á los Valpalestinos.

Su cabeza era cuadrada, á estilo de cubo matemático, con las aristas desgastadas, pero aún visibles.

En el lado anterior tenía, bajo una especie de barrote negro que le cogía de oreja á oreja, formado de pelos como de bigote estilo cepillo de dientes, dos ojos redondos, algo saltones, negrazos, pero que parecían ascuas en momentos dados... y se daban muchos momentos de esos; una nariz de apagador, grande y gorda, con un moñito muy cuco de cerdas de cochino hacia la punta, y dos matas de la misma cerda, pero magníficas, que le salían de dentro; una boca carnosa, con el labio inferior saliente y muy rojo, como el retrato de Felipe IV, joven, de Velázquez, y dientes género rey Midas, todos de una pieza. En los lados laterales campeaban dos orejas enormes, con su feraz vegetación de cerda correspondiente, encerradas entre más pelazos negros, espesísimos por delante en forma de chuleta, y por detrás, por encima y por debajo de cabellera y prólogos y epílogos de cabellera. El lado posterior y el superior del cubo era de pelo, el mismo pelazo negro, espesísimo, cortado á punta de tijera por medio de unas de estas de resorte, que llaman de jardín, porque se emplean para podar los arbustos.

Las aristas del lado anterior con el lado superior, más dos verticales al centro de las orejas en los lados laterales, determinaban la separación de lo que era cara y lo que era pelo. El lado inferior era el cuello, que tenía iguales dimensiones en latitud y profundidad que la cabeza.

Menos la frente, un tanto rugosa, y parte de la nariz, el resto de D. Pedro era hirsuto; hirsuto al natural, hirsuto pelado é hirsuto afeitado: solamente que la parte afeitada parecía sólo mal pelada á causa del vigor fenomenal de su barba, que materialmente se veía crecer y que á alguna distancia parecía una veladura de azul mineral.

El cuerpo correspondía á la cabeza; como ésta, era cuadrado y fuerte... con piernas y brazos cortos, pero atléticos... ¡Cuerno si eran atléticos! Las manos geométricas también; articuladas como guanteletes de armadura... compuestas de dos cuadrados perfectos, uno la palma y otro dividido en cuatro partes iguales... los dedos; el dedo gordo se veía poco: vivía en intimidad con las interioridades de la manopla.

En mi vida, siempre observando, he descubierto otra mano que de una manera más brutal demostrase la entereza y la voluntad. Al que tiene una mano así se le puede matar... de un tiro, verbigracia... y de lejos, pero ni Dios le convence.

¿Qué me falta? ¡Ah!.. Ahí es nada... ¡Los pies!.. Dos peanas..., dos pezuñas de buey adosadas dan algo la idea de aquella forma.

Vestía camiseta de franela muy sudada, y atado á su cuello de toro un pañuelo de hierbas; levita de las llamadas tubinas, de dos carreras de botones deso-

llados, y pantalón gris con franja de terciopelo tallado que entonces se usaban. Chaleco lo traía rara vez; pero en cambio no se le caía de los hombros una capilla corta entre azul y ala de mosca, en la que se envolvía con garbo, unas veces á usanza de toga romana, y otras, más frecuentes, como torero en parada.

Un bonetillo de catedrático, muy sucio, descansaba sobre su cabeza, y digo descansaba, porque como la parte superior de ésta era una planicie y el bonete pequeño, allí se quedaba como si lo colocasen encima de una mesa. Esto los días bonancibles: en cuanto se levantaba marejada el bonete venía á parar al vértice derecho del cubo, si apretaba al izquierdo, y en los vértices posteriores, cuando había ciclón... que eran momentos espantosos, como podrá ver el curioso lector.

Una buena vara de fresno de metro y medio en la mano, una colilla de puro al lado izquierdo de su boca, que jamás le vi quitarse ni para dormir la siesta, y al hombro su famosa correa..., una correa ancha de cuatro dedos, larga de cinco palmos, negruzca, grasienta, de aspecto de culebra, que en cuanto la soltaba sobre el pupitre se enroscaba como para dormir, conocida con el nombre olímpico de *Minerva*, completaban el tipo de D. Pedro Varela, tal y como le vi el primer día que pisé los desvencijados y polvorientos ladrillos de la clase, ya sobrecogido y todo temeroso á causa de los tremendos sucesos que de aquellos antros contaban los chicos por las plazuelas.

II

ANTES DE CLASE

Habitaba un caserón de la calle de la Cárcaba..., un caserón que remontaba muy bien al siglo XVI, á juzgar por su bello ático y por lo desvencijado y mal traído de su interior. D. Pedro entraba en su casa por la puerta principal; pero los chicos entrábamos por una puertecita que nos abría por el callejón de la Sierpe uno de los internos, y que tenía abierta hasta las ocho menos cinco minutos de la mañana.

El penitente que no estaba á esa hora dentro, ya tenía tela cortada para toda la temporada.

De un estrecho pasillo se pasaba á un patio que fué jardín y del que como restos quedaban dos magníficos álamos de negro y rayado tronco. Otra puertecita daba paso á una escalera medio desplomada, de no más de una veintena de peldaños, que conducía á las tres cámaras del piso bajo destinadas á clase de 1.º, 2.º y 3.º de latín; pero en mis tiempos la primera estaba vacía, la 3.ª ocupada por los más pequeños bajo la vigilancia de D. Pablito, el sobrino de D. Pedro y su víctima predilecta, y en la del centro, que era espaciosa, temblaba la turba multa bajo la feroz y férrea presidencia del terrible D. Pedro.

¡Lo que es la dulzura y las buenas maneras! Al muchacho que le pillaban las siete y media fuera de esta prisión..., no por miedo, ¿quién dijo miedo?... sino por consideración..., por el «qué dirán,» sin parar mientes en lo que decir pudiera el público, se colgaba las piernas al pescuezo y salía disparado, como alma que lleva el diablo, hacia la calle de la Cárcaba, pese á los perros que le salieran al paso y al mismísimo demonio que quisiera detenerle. ¡Era mucha la querencia que teníamos á aquellas cuatro paredes!

A las ocho menos cuarto, ya se sabía, no faltaba ninguno.

Había chico con los carrillos como naranjas de resultas de las muelas; otros todos bizmados de cogidas en las corridas anteriores; otros con tantos sabañones que parecían sus manos como guantes de tirar al sable; hasta con sarampión y con viruelas burlaban los chicos la vigilancia paterna, para escapar de casa á las siete, así cayeran chuzos ó no se viera uno, de niebla, los dedos de la mano, cosa que suele con frecuencia suceder en las heladas mañanas del invierno en la invicta Valpalestia y su comarca... La cuestión era no faltar ni un solo día á casa de D. Pedro, aunque se reventara... por evitar que D. Pedro le reventara á uno.

De novillos no había ni que hablar. Así fuese el día de perlas y encajando entre dos fiestas, ni que por señales fijas el barómetro de la barbarie donpedruna marcarse recia tormenta..., novillos ni por pienso. Y cuando algún nuevo emitía ideas subversivas novillescas y para decidirnos nos *soborneaba* brindándonos con buñuelos, cohombros, ó barquillos ó *cacagüés*, que así los llamábamos, ó almendrados hechos con piñones, todas cosas muy de nuestro gusto, nos echábamos á temblar, temerosos que el dómine, que tenía pacto con el demonio, se enterase por arte de birlibirloque y nos desollase vivos. Y con grandes precauciones, para no ser oídos, contábamos entonces al neófito cosas espeluznantes...: que unos que se fueron á bañar á los Badillos, cuando menos se lo

esperaban, cátrate que oyen la voz de D. Pedro que decía: «¿Conque novillos? ¿Conque novillitos á mí?» y diz que estaba en el propio fondo del río y que va y coge por las patas á *Maisimino...*, y hasta ahora... no se ha sabido más de *Maisimino...*, y á otros les corrió un día y una noche, agudo... agudo detrás... les alcanzó en el bolo de la Antigua y zas..., de una puntera estrelló á un tal Paniagua, el hijo del cerero, contra la pared... arriba... arriba... y aún se ven manchas que dejó junto á la lápida de la crecida del año 23..., y no sé cuántas cosas más.

El tiempo que mediaba entre nuestro exceso de puntualidad y la hora de la clase se ocupaba, que al fin éramos chicos y la juventud es de suyo descuidada, en jugarnos los cuartos al tango en el pasillo obscuro para que no nos vieran y teniendo cuidado de envolver los tostones (piezas gruesas de cobre que se usan para este juego) en trapos para que no hiciesen ruido. Por de contado que contábamos con un cuerpo de vigilancia montado al pelo. Desde el pie de la escalera que debía bajar D. Pedro para llegar al patio hasta el lugar del suceso había media docena de centinelas con la consigna de toser en cuanto hubiese moros en la costa. La tos del primero se transmitía por medio de los otros cinco hasta nosotros, y con más velocidad que se santigua un cura loco, cuartos, tango y tostones desaparecían, pero en general en los bolsillos del más rápido ó del más fuerte, casi nunca en los de su dueño legítimo. Esto de las toses se empleó como *timo* muchas veces, con buen resultado, y otras por estar resfriado alguno de los espías se producían tremendas falsas alarmas. Pero á las ocho menos cinco, sin que nos lo advirtiera ningún reloj, sino puramente por instinto, corríamos á la clase y nos colocábamos en nuestros sitios respectivos, libros en mano y con el ojo fijo en la puerta como si por ella contáramos ver llegar la salvación.

D. Pedro se solía hacer esperar hasta media hora. ¿Qué hacer durante este tiempo?... Pues empujarnos los unos á los otros, pellizcarnos y jugar á las aleluyas y á los botones y otras cosas del mismo jaez; pero todo con el mayor silencio... como si fuéramos mudos ó pieles rojas...; nadie decía esta boca es mía, ni producía el menor ruido aunque hiciera las mayores barbaridades. Nada... lo dicho..., ¡lo que es la dulzura y las buenas maneras! De vez en cuando algún alfilerazo ó algún pellizco de monja, aplicado en parte muy dolorosa y en momento muy inesperado, arrancaba á un chiquillo un *¡mecachis!* ó un *¡córcholis!*..., porque eso sí, nosotros éramos muy bien hablados, seguido del movimiento rápido de taparse la boca con la mano para contener las palabras y lanzar aterrada mirada á la puerta, que nosotros celebrábamos con carcajadas silenciosas... Era una cosa fatídica y horripilante ver aquellas hileras de caras que reían con el mayor silencio.

III

LA CLASE

La mesa de D. Pedro ocupaba el centro de la clase y era muy pequeña..., lo suficiente para que cupiera un pupitre que frecuentemente se renovaba porque lo hundía á puñadas. Daba espaldas á una gran ventana con reja, ancha y baja, como era bajo el techo de la clase. De un lado y otro, pegados á la pared, había unos bancos de á veinte centímetros de ancho, de pura tabla, por medio metro de alto, destinados á los que *andaban* en Ovidio y Virgilio, y á derecha y á izquierda dos cuadros muy malos, que representaban alegóricamente Roma y Cartago. Roma estaba figurada por un angelote con casco griego tocando la trompeta, y Cartago por una ciudad con torres góticas ardiendo.

Los vencedores de la semana eran romanos y los vencidos cartagineses, á los que se distinguía á primera vista sin necesidad de cuadro, por el mayor estado de molimiento y ruina en que se hallaban.

En el centro y frente al pupitre de D. Pedro estaba el burro, otro cuadrado atroz, pintado en un cacho de tablón, de un peso enorme, que el más burro de todos debía traer pendiente del cuello durante ocho horas al día. ¡Las bromas, ó pesadas ó no darlas!

Formando un abanico del que resultaba el clavillo la mesa del dómine, había ocho bancos de diez centímetros de ancho y bajísimos, en los que en posturas imposibles se sentaba la turba multa de chiquillos; advirtiéndose que el primero de cada banco estaba á tan corta distancia de la tarima de D. Pedro, que le alcanzaba con el pie, con la correa y mucho mejor con la vara.

Los chicos más malos, traviesos é insoportables estaban á la cabeza de los bancos en orden de maldad de derecha á izquierda; y los que tenían fama de santos, en los dos que la mesa ocultaba y que por ésta

estaban algo más protegidos: pero no había que fiarse ni que dormirse en las pajas; á lo mejor un santo de aquellos se encontraba con una estocada en los ijares, tirada traídoramente con la vara por entre las patas de la mesa, con un soberbio garrotazo por todo lo alto ó con un tintero por montera, que no se lo quitaba ya ni la paz ni la caridad.

Los de tercero, que ocupaban las puntas de los bancos, eran en cambio los números primeros y los mejores chicos; pero consistía, y él lo decía y nosotros se lo ofamos repetir con cariñoso interés, en que «no podía dar bien los voleos sin relajarse algo la muñeca.»

Discurrió, pues, que los malos de la tercera ocuparan los bancos cercanos á la puerta, donde podía atacarles en pie ó á puñetazos, estilo box inglés, ó á correazos ó á palos, y si á mano venía, cocerles perfectamente... y todo esto tranquilo y sin relajarse la muñeca.

En los bancos largos pegados á la pared parecíamos repisas; y en los pequeñitos de á 10 centímetros no nos quedaba más remedio que apoyar los codos en las rodillas y pasarnos el día dando gracias á Dios, si aquellas costillas bombeadas que sacábamos no pescaban una mano de palos, ó la parte inferior, que tanto sobresalía, algún buen puntapié de esos de doble muelle aplicado con acierto.

En tal actitud y con el corazón tamaño como un garbancito, pero sin cesar de retazar silenciosamente, esperábamos el fenomenal ruido, nuncio de la llegada del tremendo dómine: su tardo y pesado paso en la escalerita que de su casa bajaba á las cátedras y que parecían derrumbarse con su tremenda humanidad... es un decir.

IV

ANTES DEL TORMENTO

Pero en general la llegada de D. Pedro venía precedida, en buen rato de ventaja, por la llegada de D. Pablito, el sobrino, pobre ser, escuálido y ham-

briento, de aspecto fementido y enfermizo. Era más bueno que el pan, y por eso nosotros, que erámos más malos que la peste, le teníamos tomada tema. Toda la bondad, toda la atención y buenas maneras que empleaba con nosotros eran tiempo perdido; cuantomás y mejor nos explicaba las cosas, menos caso le hacíamos; en cambio la más mínima observación de D. Pedro se nos grababa en la mollera con caracteres indelebles. ¡Qué jarabe tan rico el jarabe de palo!

Sólo al entrar por la mañana D. Pablito en la clase poníamos atención á lo que decía; pero era... era

porque aquello resumía el boletín sanitario probable del día.

A nuestra muda interrogación, con tenue y blanda voz contestaba:

— Ha tomado con tranquilidad el chocolate con dos docenas de buñuelos y no se ha quejado de nada. Sólo al beber el primer sorbo de agua en la jícara ha encontrado una mosca y ha tirado el servicio á la cabeza de Celestina.

O bien:

— Malo... malo. Pésima noche. Mucha expectoración. Se queja del hígado... Pidió media docena de varas nuevas. ¡Dios nos tenga de su mano!

D. Pablito era como quien dice el correo de aquel cortejo. Luego venían como heraldos parte de los internos — ya diré luego quiénes eran y cómo estaban constituídos estos seres poderosos que resistían noche y día las atrocidades de D. Pedro, — y por sus caras, fachas y gestos deducíamos desde luego el estado de ánimo del dómine y por lo general nos echábamos á temblar.

Un tal Cuervo, de la propia Cebolleta del Cerro, notable por su mucha é incorregible barbarie, tenía á gala alarmarnos haciendo al entrar esta feroz pantomima: Torcía los ojos, se aplicaba la mano izquierda al pescuezo, figuraba con la derecha el movimiento dado por el verdugo al torniquete y sacaba una lengua de á cuarta; todo hecho con pasmosa velocidad. Pero un día D. Pedro, que sin él maliciarlo, con paso de lobo le venía pisando los zancajos, lo advirtió, y de la puntera que le arrimó pasó volando de un lado á otro de la clase por encima de cuatro hileras de bancos de los pequeños y vino á derrumbarse entre los brazos de D. Pablito, arrastrándole en su caída. ¿Se figuran ustedes que ahí acabó la cosa? Nada de eso... Empezó así..., siguió de esta manera: De un segundo puntapié muy hábil le puso en pie; de un puñetazo en las muelas le largó bailando como una peonza hasta la puerta de entrada y le remató con una patada en la barriga que dió con él de espaldas escalera abajo.

Luego se volvió con pausa, nos miró con una intensidad abrasadora y nos dijo con nunca vista ironía:

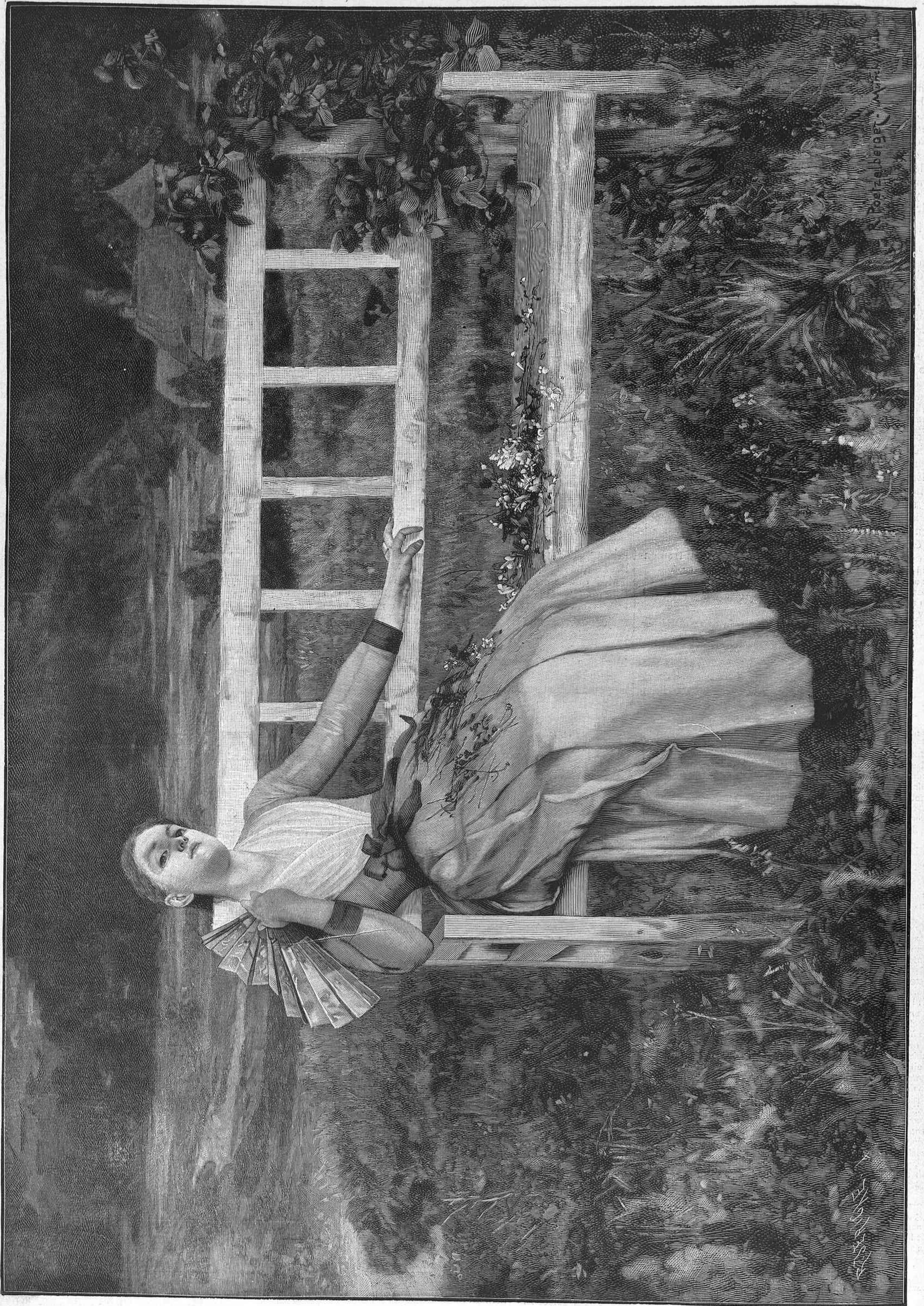


JORGE R. DAVIS, Director general de la Exposición universal de Chicago



LAS SARDINERAS, cuadro de Ignacio Ugarte. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de Nicolás Capdevilla)

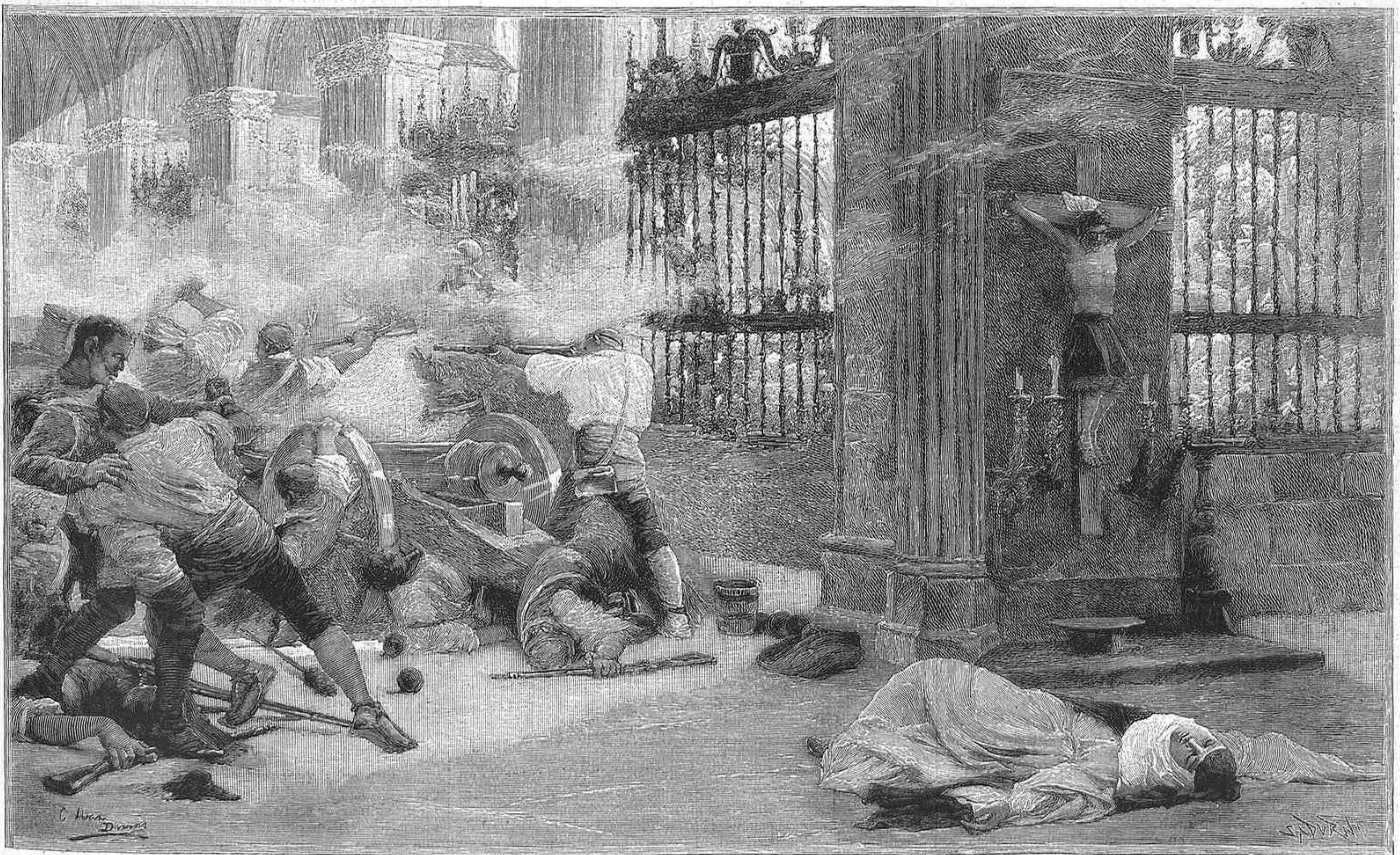
I. Ugarte
San Sebastián



TRISTES RECUERDOS, cuadro de R. Poetzelberger



¡TIERRA!, cuadro de Fernando Cabrera (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)



EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, cuadro de César Alvarez Dumont. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de J. Prieto)

— Ya veis que os engañaba... Jamás me he sentido de mejor humor... Ya veréis... ya veréis.

Frase que heló la sangre de espanto en nuestras venas.

LUIS DE LLANOS

(Continuará)



Bellas Artes. — El pintor ruso Wereschaguin, cuyas exposiciones parciales han despertado tanto entusiasmo en el mundo artístico y que produjo gran admiración con sus cuadros de las luchas sostenidas en Plewna durante la última guerra turco-rusa, está trabajando actualmente en una colección de lienzos que representarán los hechos de los franceses en Moscú en 1812.

— El Club artístico de los Veinticuatro, de Munich, ha celebrado en el Salón Schulte una Exposición notabilísima por muchos conceptos, á pesar de ser no más que 60 las obras expuestas. De los artistas que han organizado este certamen, los seccionistas münichenses, unos son los jefes de las escuelas que representan las más modernas tendencias y otros son adeptos á las mismas. Estaban representados en la Exposición los célebres pintores Uhde, Pighlein, Keller, Habermann, Trubnen, Schlittgen, Block, Vahle y el retratista Reinaldo Lepsius, y además figuraban en ella Oppler con un interior y un cuadro de género, Vetter con dos escenas callejeras, Hoffmann-Saarlouis con un campo de batalla, Niemyer, Fehr, Corinth, Herrmann, Bauer, Becker, Borschardt, Leonhard, Vogler y Schorn y los escultores Alejo Oppler y Hugo Kaufmann con bustos retratos de vida y expresión extraordinarias.

— Proyéctase en Breslau la creación de un museo de industrias artísticas, para la que la Asociación Industrial Central de Silesia facilita la suma de 100.000 pesetas.

— A principios de mayo se substará en París la famosa colección de encajes que ocupa seis grandes salones y que hace algunos años fué tasada en 12 millones de francos. Esta colección por la sin igual abundancia de las más escogidas labores de esa industria artística puede ser considerada como única en el mundo.

París. — En la galería Petit, calle *Godot de Mauroi*, se hallan instaladas las obras de seis artistas (conocidos ya del público) que constituyen la segunda Exposición de los *Inquiets* y que ascienden á un centenar: vense allí acuarelas, pasteles y pinturas al óleo y al encaústico, según los procedimientos antiguos.

El conjunto de la Exposición es interesantísimo, dominando en todos los trabajos la espontaneidad y la sincera observación de la naturaleza, sin prejuicios, maneras ni recetas. Un paso más por el camino en que el arte puede producir algo duradero é interesante.

En la misma galería expuso hace poco P. Vauthier una colección de vistas de París, colección que figurará en el Palacio de las Bellas Artes de Chicago, donde de seguro merecerá los aplausos que en París unánimemente le han concedido críticos y artistas, por representar de una manera gráfica los diferentes y variados aspectos de la gran capital y con una ejecución segura, sobria y franca.

Los escultores y pintores que se dedican con preferencia al estudio de los caballos por constituir estos animales una parte principal en sus creaciones artísticas, han formado una asociación presidida por el marqués de Barbentane, con el propósito de organizar una exposición de sus obras en el próximo concurso hípico que todos los años se verifica en el Palacio de la Industria. Cuentan entre los asociados á Gerome, Aimé Morot, Detaille, Gavarni, Goubier Poment, Meurice, etc.

— La Real Academia escocesa ha inaugurado su exposición del presente año, habiendo procedido con gran rigor en la admisión de cuadros, merced á lo cual las obras expuestas, aunque pocas en número, son obras maestras. Muchos artistas, sin embargo, se lamentan de que hayan sido excluidos del certamen precisamente los que no son académicos ó asociados. Entre las pinturas expuestas llaman la atención preferentemente las de J. Reid, presidente de la Academia, M^r Taggart, J. Smart, W. Paton, B. Brown, J. Guthrie, etc.

— El conocido millonario Vanderbilt ha cedido su galería de cuadros, estimada en cuatro millones de dollars, y el edificio construido ex profeso para la misma á la Sociedad Americana de Bellas Artes.

— El coleccionista neoyorkino Jaime E. Sutton ha comprado al conde de Caledonia por 500.000 francos el retrato de la marquesa de Espinola, de Van Dyck.

— La Sociedad promotora de las Bellas Artes de Nápoles ha inaugurado poco hace una exposición interesantísima, bajo los auspicios de los venerables y eminentes artistas Palizzi y Morelli. Entre los más significados que representan á la brillante escuela napolitana, pintores y escultores, como Michetti, Mancini, Laurenti, Gemitto, Rossana, etc., figuran en buena línea nuestros compatriotas Villegas, Barbudo y Benlliure.

— En Venecia se ha celebrado el centenario de Goldoni, con una sesión académica en su honor, después de la cual, en procesión cívica, los congregados pasaron á depositar una corona al pie de su monumento, y por la noche una función de gala en el teatro que lleva su nombre solemnizó en medio del entusiasmo general la memoria que los venecianos todos guardan en sus corazones del que fué inimitable pintor de las costumbres de su patria en las postrimerías de la República de San Marcos.

Teatros. — El maestro Mascagni ha dirigido en la Real Opera de Berlín la *Cavalleria rusticana*; el público le tributó una ovación y el emperador, á quien fué presentado en el palco regio, colmóle de elogios y de distinciones y condecoróle con la cruz de tercera clase de la orden de la Corona. A los pocos días verificóse en el propio coliseo el estreno de su última ópera *Los Rantzau*, que obtuvo gran éxito, por más que la crítica berlinesa haya encontrado en esa obra algunos defectos.

— La ópera de Leoncavallo *I Pagliacci* ha sido representada con gran éxito en Mesina, Dresde, Colonia y en Karlsruhe.

— En el teatro del Casino, de Copenhague, se ha estrenado un drama popular, titulado *Magdalena*, de Gustavo Esmann, que ha excitado gran entusiasmo en todos los círculos literarios y que es un síntoma de una nueva corriente literaria que tiende á

embellecer el naturalismo hoy imperante, sobre todo en el Norte, con cierto sentimentalismo místico.

— En el teatro de la Opera, de Berlín, se estrenará en breve una ópera en un prólogo y tres actos, titulada *Cleopatra*, cuyos libretto y partitura son respectivamente de Einar Christiansen y Augusto Enna, ambos dinamarqueses.

— La nueva obra de Pablo Lindau, *El comediante*, ha sido estrenada con gran éxito en el teatro de Berlín.

— El estreno del cuento dramático de Luis Fulda, *El talismán*, que se ha verificado en el teatro Alemán, de Berlín, ha producido grandísimo efecto, no sólo por lo que en sí vale la bellísima obra, sino por la riqueza con que ha sido puesta en escena.

En el teatro Nuevo, de Leipzig, se ha estrenado la última obra de Ibsen, *El arquitecto Solness*, que fué acogida por la gran mayoría del público con las mismas protestas ruidosas que su representación produjo recientemente en Berlín.

— En el teatro Alemán de Praga se ha puesto en escena, en la undécima noche del ciclo dedicado á Wagner, la ópera *Las hadas*, que el gran maestro compuso en su juventud, y cuya música, aplaudida con entusiasmo en aquella representación, revela ya las tendencias que más adelante desarrolló y completó el autor de *Parsifal*.

París. — Se han estrenado con éxito: en el Teatro Libre, *Le Devoir*, drama en cuatro actos y en prosa de Luis Bruyère, de acción interesante y muy bien escrito; en el Gran Teatro, *Pêcheur d'Islande*, drama en cuatro actos y nueve cuadros de Pedro Loti y Luis Tiercelin, tomado de la bellísima novela del primero, que lleva el mismo título; en Vaudeville, una comedia en tres actos de Julio Lemaitre, titulada *Filipote*, en la que con gran conocimiento del asunto se pintan las gentes y las costumbres del teatro; en el teatro de Aplicación, una comedia en tres actos de E. Gugenheim y J. Le Faure, *Les Tripoteurs*, que aunque bien escrita y de acción muy movida peca de grandes inverosimilitudes de fondo; y en la Opera, un baile en dos actos y tres cuadros, *La Maladetta*, cuyo argumento está basado en una leyenda pirenaica y cuya música, de Pablo Vidal, es muy inferior á otras producciones de este maestro.

Londres. — En el Criterion se ha estrenado una comedia política de Enrique A. Jones, *The bauble Shop*, inferior á *The Crusaders*, del mismo. En el Liceum se ha puesto en escena con gran lujo la tragedia de Tennyson, *Becket*, en cuya representación ha obtenido uno de sus más grandes triunfos el famoso actor Irving. En Saint James Hall ha dado Sarasate el último concierto de la temporada, que ha sido, al decir de un periódico inglés, «el triunfo final de una serie de audiciones dadas por el artista más grande de nuestra época.» En Covent Garden han comenzado las representaciones de óperas cantadas por artistas vestidos en traje de sociedad y sin ningún aparato escénico: hasta ahora se han representado *El amigo Fritz* y *Cavalleria rusticana*, de Mascagni, y *Faust*, de Gounod. Este espectáculo ha deleitado á los inteligentes, pues les permite concentrar toda su atención en la música; en cambio ha gustado poco á la masa del público, pues las bellezas musicales no han sido bastantes á hacerle perdonar los absurdos que de tales representaciones resultan, dada la relación íntima que en la ópera existe entre la acción y la *mise en scene*.

En Trafalgar Square se ha estrenado el último drama de Ibsen, *El arquitecto Solness*, que la prensa inglesa por lo general califica de ininteligible y que fué acogido friamente por el público. En el Empire se ha puesto en escena con gran lujo un baile en dos actos, *Katrina*, con música bellísima de Wenzel.

Madrid. — En el Real ha cantado el señor Tamagno la ópera de Verdi *La fuerza del destino* y *L' Africana*, que se ha puesto en escena para el beneficio de la señora Tetrizzini: en ambas ha sido muy aplaudido el citado tenor y en la de Meyerbeer ha tenido una verdadera ovación la mencionada tiple. En el Español se dió la función dedicada á Zorrilla, poniéndose en escena *Traidor, inconfeso y mártir* y leyéndose inspiradas poesías de los Sres. Echegaray, Manuel del Palacio, Ferrari y Ricardo de la Vega: en el propio coliseo se ha estrenado un drama en tres actos, *Después del combate*, arreglo de la obra portuguesa *Frays Luis de Souza*; pertenece al género romántico, está muy bien verificado y tiene hermosos pensamientos y escenas interesantísimas que valieron muchos aplausos á sus autores, los señores López Ballesteros y Paso. En la Comedia se ha verificado el beneficio del Sr. Mario, poniéndose en escena *El amigo Fritz*, y se ha estrenado, para el beneficio de la señorita Guerrero, el drama en tres actos de D. José Echegaray *El poder de la impotencia*, inspirado en un hermoso pensamiento y magistralmente escrito, aunque en conjunto resulta bastante inferior á otras producciones del gran dramaturgo. En Lara se ha verificado el beneficio del popular actor Sr. Rosell, habiéndose puesto en escena un arreglo en dos actos de la graciosísima comedia del señor Pina y Domínguez *Bebé ó el chiquitín de la casa*.

Barcelona. — La Sociedad Catalana de Conciertos ha dado el tercero de la presente serie, habiendo obtenido grandes aplausos la orquesta y su director Sr. Nicolau en cuantas piezas constituían el programa y muy especialmente en el *larghetto* en la de Mozart, en *La gruta del Fingal*, de Mendelssohn, y en la oda sinfónica de David *Le Desert*. En el Liceo actúa una compañía de zarzuela que ha puesto en escena las principales obras del repertorio moderno y algunas del antiguo. En el Circo Barcelonés sigue siendo aplaudida la compañía Tani, que ha estrenado *Le damigelle de Saint Cyr*, *Baccio proibito* y *Un matrimonio fra due donne*. En el Tivoli la compañía de ópera ha puesto en escena *Africana* y *Faust*. Se han estrenado con buen éxito: en Romea una graciosísima pieza en un acto, del Sr. Aulés, *Sense sogra*; y en Novedades, *Los miserables*, melodrama basado en la novela de Víctor Hugo, y *A casa l' arcalde*, chistoso sainete del Sr. Brossa y Sangemar.

Necrología. — Han fallecido recientemente:

Alfredo Hardy, profesor y ex presidente de la Academia de Medicina de París, famoso dermatólogo.

Marta J. Lamb, escritora norteamericana que conquistó gran nombradía, especialmente con su obra *Historia de la ciudad de Nueva York*.

Van Ryselberghe, notable electricista belga, inventor de un meteorógrafo y de un sistema para utilizar simultáneamente los alambres telegráficos para comunicaciones telefónicas.

Hermann Schaffhausen, profesor honorario de la facultad de Medicina en la Universidad de Bonn, uno de los más famosos antropólogos contemporáneos y decidido partidario de la teoría del desenvolvimiento progresivo de toda la naturaleza orgánica.

Lord Brabourne, lord del Tesoro, durante algún tiempo auxiliar poderoso de Mr. Gladstone, escritor elegante y algo cáustico y autor de multitud de cuentos de hadas para la niñez.

Sir Walter Barttelot, uno de los más antiguos miembros del

Parlamento inglés, del cual formaba parte sin interrupción desde 1860, y hombre muy versado en asuntos militares y agrícolas.

Monseñor Carlos Felipe Place, cardenal, arzobispo de Rennes, uno de los prelados más ilustres de Francia y más respetuosos con las instituciones políticas de su patria.

Hipólito Adolfo Taine, célebre historiador, crítico y filósofo, individuo de la Academia Francesa, profesor de Historia del arte y de estética en la Escuela de Bellas Artes de París, colaborador asiduo del *Journal des Debats* y de la *Revue des deux mondes* y autor de *Los filósofos franceses del siglo XIX*, *Ensayos de crítica é historia*, *Historia de la literatura inglesa*, *La filosofía del arte*, *El idealismo inglés*, *El ideal en el arte*, *Los orígenes de la Francia contemporánea* y otras.



Jorge R. Davis, director general de la Exposición universal de Chicago. — Es sin duda alguna actualmente el hombre más popular de América, y su importancia casi iguala en estos momentos á la del presidente de la República, pues en él se personifican el espíritu emprendedor, el progreso en todos los ramos que caracterizan al pueblo norteamericano. Temprano comenzó para él la lucha por la existencia, y paso á paso y teniendo que vencer grandes dificultades llegó hasta uno de los más altos puestos de la administración pública, conquistándose un sitio preeminente en la historia de su patria. Cuenta en la actualidad unos 50 años: su rostro revela energía é inteligencia; su aspecto y sus ademanes son los del hombre acostumbrado á mandar, y sin embargo su amabilidad es extremada. Leal y constante en sus amistades, no hay sacrificio que no esté dispuesto á hacer si de favorecer á sus amigos se trata, y siente gran predilección por la prensa, á la que prodiga toda suerte de atenciones.

Tal es el hombre que por sus méritos ha sido puesto al frente de la gran manifestación de la humana actividad próxima á inaugurarse en Chicago, y fuerza es confesar que cuanto hasta ahora bajo su dirección se ha realizado justifica la elección que de él han hecho sus compatriotas.

Las sardineras, cuadro de Ignacio Ugarte (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). — Discipulo el Sr. Ugarte del distinguido pintor Alejandro Ferrant, ha sabido hallar presto ocasión en que demostrar sus aptitudes y las provechosas enseñanzas que ha podido recibir de tan ilustre maestro. Su cuadro titulado *Las sardineras* es un notable lienzo, ejecutado y concebido con arreglo al concepto moderno; es un bellísimo cuadro de costumbres que se recomienda por la verdad del ambiente y el color local, que tan hábilmente ha logrado interpretar. La producción del pintor guipuzcoano figura dignamente entre las de aquellos artistas que emplean su ingenio en reproducir cuanto constituye el modo de ser del país que los vio nacer, convencidos de que así prestan el más ferviente tributo al arte patrio.

Tristes recuerdos, cuadro de R. Poetzelberger.

— Este notable pintor de la escuela de Munich hace en todas sus obras verdadero derroche de sentimiento, sin por ello descuidar la parte plástica, en la que se nos presenta siempre como consumado maestro. *Tristes recuerdos* es una obra que habla directamente al alma después de impresionar gratamente los ojos: la figura, admirablemente sentida, y el paisaje que la rodea, todo respira melancolía, todo atrae, seduce y conmueve, merced á la inspiración con que el cuadro ha sido concebido y la delicadeza y naturalidad con que el artista ha dado forma á su concepción bellísima.

¡Tierra!, cuadro de Fernando Cabrera (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). — No iguala el mérito de la última producción del pintor alconyano á la titulada *Huérfanos*, premiada en la Exposición nacional de 1890, ni á la que obtuvo idéntica recompensa en la general de Bellas Artes de Barcelona, sin que carezca de mérito el gran lienzo *¡Tierra!*, que damos á conocer á nuestros lectores. En éste como en el primero que citamos hase inspirado el joven artista en dos cuadros de la vida real, íntimos, vivos, que con frecuencia podemos observar, puesto que son páginas de la época en que vivimos. Fernando Cabrera, el laborioso y afortunado discípulo del malogrado Plasencia, ha podido en *¡Tierra!* crear una sentida producción, muy recomendable por el color y la factura.

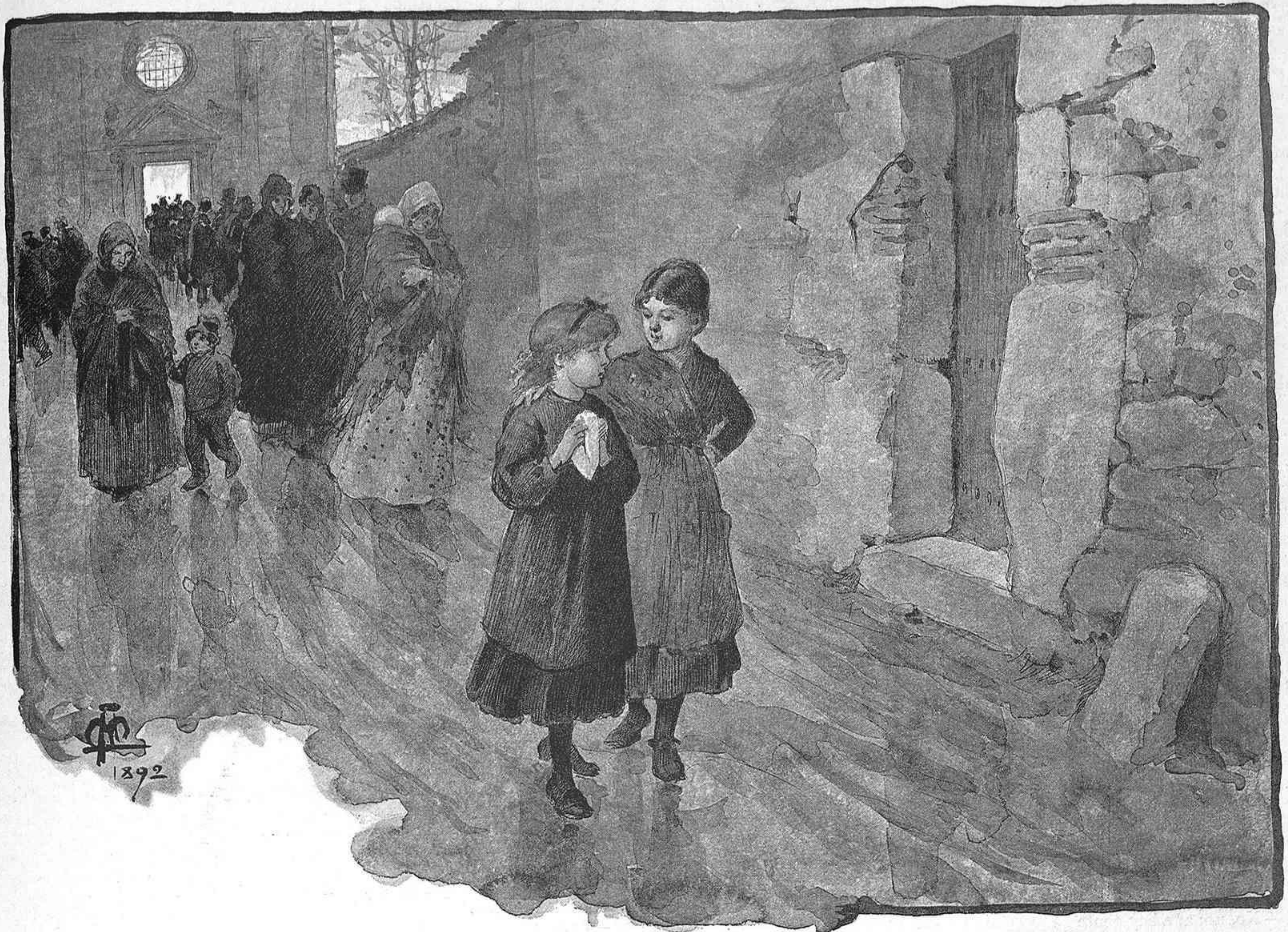
Episodio de la guerra de la Independencia, cuadro de César Alvarez Dumont. Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 (de fotografía de J. Prieto).

— Varios son los artistas que en todos los países dedican sus facultades á conmemorar por medio de sus obras los hechos gloriosos de su patria, representando funciones de guerra ó episodios que registra la historia, como ejemplo de civismo dado por los que defendieron derramando su sangre la integridad de la nación. César Alvarez Dumont pertenece al número de estos distinguidos y patrióticos artistas, ya que así lo demuestran las dos obras de más empeño que ha producido, *El gran día de Gerona*, que figuró en la Exposición nacional de 1890, inspirado en la heroica defensa de la inmortal Gerona, y el *Episodio de la guerra de la Independencia*, que ha figurado en el concurso de 1892, destinado á recordar uno de los acontecimientos que se desarrollaron en aquella epopeya nacional, que produjo á la postre el eclipse total de aquel que se tituló el capitán del siglo.

El lienzo del Sr. Alvarez es una obra de empeño y, como todas las por él producidas, reúne cualidades dignas de encomio.

Erase que se era..., cuadro de José Pennasilico.

— No es necesario describir el asunto de éste cuadro. ¿Quién no ha sido actor en su infancia ó testigo más tarde de una escena análoga? Tampoco nos parece preciso señalar las bellezas que atesora, pues á nadie se escapará la verdad con que aparecen trasladadas al lienzo la curiosidad, el interés de los infantiles oyentes y la seriedad de la narradora: parecería esta obra reproducción fotográfica de un grupo sacado en un momento hábilmente escogido, si no hubiera en todo él ese algo que la máquina es impotente á asimilar y á traducir y que sólo un artista de talento como Pennasilico logra sorprender y expresar.



- Pues mira: todavía no van á cerrar; ven, y puedes allí ante el altar...

¡SI FUERA VERDAD!..

POR ENRIQUETA LOZANO VILCHES, CON ILTSTRACIONES DE APELES MESTRES

I

Mediaba diciembre. Ese mes de las blancas nieves y de los vientos sutiles, pero de las alegrías de los inocentes y de los regocijos y las fiestas del cielo.

Ese mes en que conmemora la Iglesia el dulce momento en que los ángeles ciñeron á la frente de una Virgen Inmaculada la corona de madre... y ¡de Madre de Dios!

La tarde iba llegando á su fin, y las campanas del templo de Nuestra Señora de *La buena nueva* volteaban rápidamente llamando á los fieles para los ejercicios con que debían prepararse á celebrar las glorias de María y el nacimiento del Hijo de Dios.

Junto á la puerta del sagrado recinto se agolpaban multitud de personas, que poco á poco iban penetrando en el interior, dejando en aquel dintel las pasiones, los anhelos y las vanidades de la vida para elevar el pensamiento á las regiones de la eternidad.

Ya casi no quedaba nadie en aquella entrada, desde donde podían advertirse sin embargo los perfumes de algunas tardías y pálidas flores de invierno, mezcladas con dulce confusión á los aromas del incienso y á los suaves ecos de una vaga armonía que parecía decir con sus melodiosos sonidos:

«Venid aquí todos los que sufrís; venid aquí los que vaciláis en la tierra agoviados bajo el peso de nuestra cruz! ¡Que aquí están las fuentes de la esperanza y el consuelo! ¡Aquí para sosteneros y alentaros os tiende su mano la Virgen sagrada que es madre de afligidos y refugio de los que lloran!»

¡Aquella voz era la del órgano sagrado, acompañando su himno en honor de María y del divino Emmanuel!

Dos ó tres niñas, atraídas por las luces y por la música, se habían detenido á la puerta y parecían vacilar entre seguir su camino ó penetrar un instante en la casa de Dios.

Todas acababan de salir de uno de esos asilos en que la caridad mancomunada con la religión ofrece enseñanza y amparo á la niñez desvalida, iluminando su alma con la luz de la fe y derramando en su corazón la semilla del bien.

Contaban muy pocos años y eran tan bellas como inocentes y como pobres al par también.

Una entre todas llamaba la atención por su rostro inteligente y hermoso, pero pálido y melancólico como las flores que adornaban el altar del Niño Dios.

Su trajecito de percal estaba usado y deslucido como el de sus compañeras, pero había en su hechura algo que denotaba buen gusto y elegancia, y sus pequeñas botas, rotas ya, tenían, sin embargo, otra forma diferente al calzado de las demás. Sus hermosos cabellos rubios estaban peinados con sencillez, pero

formando tan gracioso conjunto con el dulce semblante, que revelaban al primer golpe de vista la mano de una mujer cuidadosa, inteligente y distinguida.

- ¿Vamos á entrar en la iglesia?, dijo la mayor de aquellas niñas. Oiremos la música y veremos á la Virgen y al Niño Jesús, que acaso esté colocado en el altar.

- Sí, respondieron vivamente las otras. Sí, vamos.

- ¡Oh! Yo no puedo, se apresuró á decir la preciosa rubia, que quizá no contaría aún siete años y cuyo nombre era Paulina. Yo no.

- ¿Por qué?, preguntó la que hablara primero.

- Porque mi madre está enferma y sola, y me reñiría si tardase.

- ¿Está enferma? ¿Qué tiene?

- ¡No lo sé! Pero llora mucho, come muy poco y nunca sonrío, desde que...

- ¡Sigue! ¿Desde cuándo?, insistió la amigueta con curiosidad.

- Perdóname, pero no puedo decirlo.

- ¿Que no?

- Mi madre no quiere que hable de esto. Dice que es un secreto que debemos guardar.

- ¿Un secreto?

- Sí, por eso está triste y es desgraciada hace muchos años.

- ¿Muchos años?

- ¡Tantos, tantos, que yo no me acuerdo de haberla visto contenta!

La compañera de Paulina pareció meditar un instante, y luego exclamó:

- Dicen que la Virgen es el consuelo de los afligidos. Ven y le pediremos que enjuge las lágrimas de tu madre.

La niña cedió, alentada por estas palabras, y ambas penetraron en el interior del santuario.

Las demás habían desaparecido ya entre la apiñada multitud.

Al principio quedaron inmóviles y sin poder avanzar.

El brillo de cien y cien luces, las gasas, las flores, las nubes del blanco incienso, aquella muchedumbre arrodillada, saludando con sus preces á la Madre purísima y al Dios hecho hombre, todo aquel conjunto imponente y sublime las dejó admiradas y emocionadas á la vez.

Luego fijaron sus ojos en el altar, y sus inocentes corazones palpitaron de alegría.

¡Era tan amorosa aquella madre! ¡Era tan hermoso aquel niño!

¿Por qué había de inspirarles temor? ¿Cómo no había de escuchar sus ruegos? ¡La niñez se entiende muy fácilmente!

Paulina se arrodilló y permaneció así por algún tiempo, sin poder explicar lo que sentía.

Después contuvo el aliento y escuchó con atención.

Un anciano sacerdote ocupaba la cátedra del Espíritu Santo y dirigía la palabra á los fieles allí reunidos.

Pintaba las bondades de María, su piedad para con los hombres. La llamaba «consuelo de los afligidos y auxilio de los cristianos.»

La niña retuvo aquellas frases en su memoria y procuró grabarlas en su corazón. De cuanto veía y escuchaba, nada como aquellas palabras conmovió y ensanchó su alma.

— ¡La Virgen oye nuestros ruegos y puede hacer cuanto le pidamos!, repetía para sí. ¡Oh! ¡Si yo lograra que me escuchara!

Y la inocente criatura daba vueltas á este pensamiento que se mezclaba en su mente con el pensamiento de su madre.

* * *

La oración sagrada terminó: las luces se fueron apagando poco á poco y la multitud volvió otra vez á lanzarse al torbellino del mundo que había abandonado un instante para pensar tan sólo en el cielo.

Paulina y su compañera se levantaron también, porque casi habían quedado solas.

— ¿Ves cómo yo tenía razón en obligarte á que entraras?, dijo á la niña su amiguita.

— ¿Has oído bien lo que decía el señor cura?, preguntó Paulina sin percibir quizá las frases que ésta acababa de dirigirla.

— ¡Oh! ¡Sí!

— Dímelas si te acuerdas.

— Que la Santísima Virgen nos escucha siempre y que debemos pedirle mucho.

— ¡No me equivoqué! ¡Lo mismo he entendido yo!

— ¿No te lo dije antes?

— Sí, pero...

— ¿Y eso es lo que te preocupa?

— ¡Sí, mucho!

— Pues yo lo sabía hace tiempo; mi madre me lo repite todos los días. Yo creí que la tuya te lo habría enseñado también.

— No... ¡Quizá no lo sepa!

— ¿Y cuando rezas no te dice?..

— Ella reza llorando y no habla. Por eso quizá...

— Es que para que la Reina del cielo nos escuche se necesita ser muy buena.

— ¡Mi madre lo es!

— Yo hablo de las niñas, á quien la Virgen ama mucho.

— ¿De veras?, preguntó Paulina con un acento en que vibraba la esperanza.

— Así me lo asegura mi madre, y siempre que quiere alcanzar de Dios alguna cosa me encarga que se lo pida yo todos los días.

— Pues yo seré muy buena; yo lo seré desde hoy, y así...

— ¿Tanto te interesa lo que tienes que pedir?

— ¡Oh, sí, mucho, mucho!

— Pues mira: todavía no van á cerrar; ven, y puedes allí, ante el altar...

— No, no; aún hay gente en la iglesia y podían verme. Ya te he dicho que es un secreto, del que mi madre no quiere que hable á nadie.

— Y entonces, ¿qué vas á hacer?

— ¡No sé! ¡Ay! ¿Por qué no soy más grande ó por qué no habré sido más aplicada?

— ¿Para qué?

— Porque sabría escribir y le pondría una carta á la Virgen diciéndoselo todo á ella sola.

— ¡Yo tampoco sé!

— ¡Qué lástima!

Las dos niñas caminaron un momento silenciosas, pero preocupadas por el mismo pensamiento.

De pronto Julieta se detuvo y dijo á su amiga:

— Escucha: mi padre es cajista, trabaja en una imprenta y ahora gana su jornal ocupado en la confección de un periódico.

— ¿Y qué?

— Muchas veces lleva á casa cosas muy bonitas que lee á mi madre y á mis hermanas, diciéndoles siempre: «¡Oh! ¡Este Sr. Máximo escribe como nadie! Ninguno lo hace tan bien como él.»

— ¿Y eso?.., preguntó Paulina.

— ¡Si ese caballero quisiera escribirte la carta!..

— ¡Ah!

— ¡El la haría muy bien! Mejor que nosotras: le pondría todo eso que dice mi padre, y así...

— Pues ¿por qué no ha de querer? ¿Le cuesta acaso algún trabajo? ¡Lo malo es... lo malo es que no lo conozco ni sé dónde vive!

— En la imprenta está todos los días. Cuenta mi padre que es el más eficaz de todos y el que va más temprano.

— ¡Entonces, llévame, llévame tú, por Dios!

— Tenemos que esperar hasta mañana.

— ¿Por qué?

— Porque es á esa hora cuando el Sr. Máximo está en la redacción.

— ¡Esperar otro día!

— ¿Qué más da?

— ¡Está mi madre tan triste! Y luego... ¡quizá esta noche no tengamos pan!

Julieta sintió una opresión en el corazón que en su inocencia no sabía explicar. ¡Aquella niña era tan buena y quería tanto á su amiga! Además, era casi tan pobre como ella y conocía harto bien las angustias de la miseria.

— ¿Lloras?, preguntó Paulina sin sospechar que sus palabras pudieran arrancar lágrimas.

— ¡Era aquello tan continuo, tan usual para ella!

— ¡Me da tanta pena el pensar que no cenarás esta noche!

— ¡Eso nos sucede muchas veces, y mi madre también llora por mí! Por eso quería... Pero, en fin, tendré que esperar!

— ¡Qué hemos de hacer!

— ¿Pero mañana?..

— Espérame en la puerta del colegio, y no entres hasta que yo vaya.

— Bueno.

— Y antes de la clase iremos á ver á ese D. Máximo que sabe decir tantas cosas bonitas, y le rogaremos que escriba tu carta.

— Pues adiós, Julieta.

— Paulina mía, hasta mañana.

Y las dos niñas se separaron, dirigiéndose cada cual á su respectiva casa.

II

Paulina, contra la costumbre de la infancia, durmió muy poco aquella noche. La desvelaba su proyecto, la idea de aquella carta en que cifraba todas sus esperanzas: la desvelaban los sollozos de su madre, y ¡ay! la desvelaba también el hambre, porque como había dicho á su amiga, ¡no tuvo pan aquella noche!

Por la mañana muy temprano se levantó y se dispuso para ir al colegio.

Su madre quiso impedirlo. ¡Cómo dejar salir á aquella criatura, que desde la mañana del día anterior no había tomado alimento alguno!

Pero la niña insistió tanto; afirmó con acento tan dulce que no tenía ganas de almorzar, que la infeliz mujer cedió á sus ruegos y la dejó partir.

Cuando ya la perdió de vista, la pobre madre ocultó el rostro entre las manos y derramó un torrente de lágrimas.

— ¡Oh!, murmuró entre sus gemidos, ¡yo puedo sufrir el hambre y las privaciones; pero ver que ella las sufre!.. ¡Esto es horroroso, esto es superior á mis fuerzas, y conozco que ya me falta valor para tanto!

Y doblando la frente con abatimiento, permaneció muda é inmóvil.

¡Oh! ¿Quién podría comprender las ideas que rodaran por aquella cabeza abrumada bajo el peso del dolor? ¿Quién podría contar los negros fantasmas que cruzaran por aquella mente turbada por la fiebre y por el delirio? ¿Quién podía asegurar que entre ellas no apareció el pensamiento del suicidio, presentándole la muerte como el sereno puerto del borrascoso mar de la vida?

¡Oh! Nadie. Porque aquella mujer pálida, enferma y moribunda, no pronunció una palabra más, y sólo sus tristes suspiros probaban que existía, pero que vivía para sufrir.

Paulina entretanto, cruzaba con paso rápido algunas calles y se dirigía sin vacilar á la puerta de su colegio.

Por largo tiempo esperó allí á Julieta. Esta, más dichosa sin duda, había gozado un sueño tranquilo, porque antes de dormirse había visto sonreír á su madre y había sentido sobre su frente el calor de los besos de su honrado padre. La impaciencia de Paulina era indecible.

Al fin divisó á su amiga y su corazón latió de alegría.

— ¡Oh! ¿Ya has venido?, le dijo al verla. ¡Gracias á Dios! Yo creí que te habías olvidado de lo que hablamos ayer.

— No, lo recordaba como tú; pero era demasiado temprano para que fuésemos á buscar á ese caballero, que acaso no madrugará tanto como nosotras, porque como no tiene que ir á la clase...

— Pero va á la imprenta, según has dicho.

— Es verdad: entonces vamos.

— ¡Oh, sí!

— ¿Has pensado lo que vas á decirle?

— Toda la noche.

— Ven.

— ¿Está muy lejos?

— Al final de la calle de Palma.

Las dos niñas tomaron resueltamente aquel camino.

Julieta se detuvo un momento y dijo á su compañera:

— Ahora pienso una cosa.

— ¿Cuál?

— Que vas á tener que entrar tú sola.

— ¿Por qué?

— Porque ya te he dicho que mi padre trabaja en la imprenta, y si me viese me reñiría mucho, y me preguntaría que por qué no había ido al colegio.

— ¡Tienes razón! ¡Pero ir yo sola!.. Me causa miedo; siento vergüenza.

— ¡Bah! No pienses en eso; ya eres casi una mujer. Vas á cumplir los siete años.

— Todavía no; me falta...

— ¿Y eso qué importa?

— Como yo no conozco al caballero...

— ¡No le hace! Preguntas por él: ya sabes que se llama el Sr. Máximo y que escribe muy bien. Todos le quieren y le celebran mucho, según cuenta mi padre, y el primero á quien preguntas te podrá decir quién es.

Paulina escuchó dócilmente las instrucciones de su compañera, y ambas niñas siguieron caminando algunos momentos.

— ¡Allí es!, dijo Julieta deteniéndose y señalando con su pequeña mano la fachada de un magnífico establecimiento tipográfico: allí es, entra y no tengas cuidado. Yo te esperaré junto á la esquina, y cuando salgas iremos juntas á poner la carta en el correo.

— ¡En el correo!

— O en el cepillo de la iglesia para que llegue más pronto: eso ya lo pensaremos después.

Paulina dió algunos pasos y se adelantó hacia el hermoso edificio, vacilando un poco primero y con más seguridad después.

Entró al fin en él, y uno de los dependientes le preguntó al verla mirar á todas partes:

— ¿Qué quieres, niña?, es algún abecedario; algún...

— No, no, señor. No vengo á buscar libro alguno; en el colegio nos los dan todos.

— ¿Entonces?..

— Venía... Venía..., balbuceó Paulina casi temblando.

— ¿Para qué?

— Para buscar... al señor... al Sr. Máximo.

— ¿Al director de *La voz pública*?

— Yo no sé si será ese el que yo quisiera ver.

— ¿Que no lo sabes?

— Julieta sólo me ha dicho su nombre y además que escribe mejor que ninguno... y que siempre está aquí.

— ¡Ah! Sí; entonces ese debe ser. Pero ¿quién es Julieta y para qué quieres hablar al Sr. Máximo?

— Eso no puedo decirlo más que á él, respondió Paulina con voz dulce, pero firme á la par.

Aquel hombre miró á la inocente criatura de un modo extraño. ¡Era su aspecto tan pobre, pero tan cándido y suplicante!.

Al fin, y después de aquel examen:

- Lo siento, dijo, pero no debo dejarte pasar donde está.

La niña cruzó las manos con desaliento y de sus hermosos ojos se escaparon algunas gotas de llanto.

¡Todas sus esperanzas se desvanecían ante aquella negativa!

No respondió una palabra; pero inclinó su purísima frente y dió algunos pasos para salir.

Ya estaba cerca de la puerta, cuando la voz del dependiente la detuvo.

- Espera, dijo, espera. ¿Por qué marchas tan pronto?

- Como usted ha dicho...

- Bien mirado, pensó aquel hombre compadecido de la aflicción de la niña; bien mirado, ¿por qué la detengo? Tal vez la conozca el Sr. Máximo, tal vez venga á pedirle... En fin, que entre la muchacha, y que él haga lo que quiera. Si luego se enfada, con decirle que yo nada sé... y dirigiéndose á Paulina: ¡Ah!, dijo: ¿Ves aquella puerta entornada que tiene encima un letrero?

- Sí, señor.

- Pues aquel es el despacho del que tú buscas, y allí debe estar. Entra y dile lo que quieras, hija mía.

La niña le dió gracias con una mirada, y se encaminó resueltamente al sitio que la había indicado.

III

La habitación en que penetró la amiga de Julieta era la redacción de un diario satírico.

La pobre criatura se detuvo indecisa. Por todas partes había papeles, pruebas, libros, periódicos; todo en el más confuso desorden, todo en el más completo desarreglo.

Cinco ó seis mesas con sus pupitres y llenas de cuartillas borradas ó á medio escribir. Algunas butacas, un sofá, sobre el cual se ostentaba un magnífico reloj de pared representando la figura del dios Apolo: algunos cuadros con mapas, almanaques, retratos de hombres célebres, y en los ángulos cuatro ninfas medio desnudas, representando las estaciones del año, componían el mueblaje de aquella habitación, caldeada notablemente por una magnífica estufa, y donde en aquel momento se hallaba un hombre trasladando al papel las ideas que en rápido torbellino acudían á su mente.

Aquel hombre era Máximo de Sandoval, uno de los escritores más mordaces y satíricos de la época.

Paulina permaneció, como hemos dicho, inmóvil y muda algunos momentos, en que sólo se oía el crujir de la pluma sobre el papel y los latidos del corazón de la pobre niña que no sabía cómo formular su petición.

Al cabo fijó su mirada en el rostro del que escribía, y pareció tranquilizarse.

Aunque los azares de una vida desordenada y combatida por violentas pasiones habían impreso su huella en el semblante de aquel hombre, había algo en él todavía que le hizo simpático á los ojos de la niña.

Vencido, pues, su primer temor, acercóse aunque pausadamente, y viendo que Máximo no reparaba en ella, murmuró con voz suave, pero en extremo temblorosa:

- Caballero.

El periodista alzó la cabeza, y al ver á la niña frunció las cejas, exclamando:

- ¿Qué es esto? ¿Es posible que entren aquí hasta los mendigos para no dejarnos en paz?

Y llevando una mano al bolsillo sacó una moneda para arrojársela á Paulina.

La niña no se movió.

- Toma, le dijo el joven; toma y vete de aquí.

- Yo no vengo á pedir limosna, murmuró ella moviendo con dulzura su linda cabeza.

- ¡Que no! Pues entonces, ¿qué quieres?, preguntó él sin dejar de mirar á Paulina.

- Quería... quería pedir á usted un favor; pero... no me atrevo.

- ¡Un favor, tú!..

- Sí, señor.

- Explicáte, muchacha; pero acaba pronto, porque estoy de prisa.

- Dicen que usted es un gran escritor, y... que sabe decir todas las cosas mejor que nadie.

- ¡Bah!, exclamó Máximo, sintiéndose halagado en su vanidad, á pesar de lo humilde de los labios que le dirigían aquella lisonja. ¿Y quién te ha dicho eso?

- El padre de una amiga mía.

- ¿Y el?..

- Trabaja en esta casa, y lee lo que usted escribe.

- ¿Alguno de los cajistas quizás?

- Sí, sí, y por eso...

- ¿Qué?

- Yo quisiera... yo quisiera...

- ¡Vamos!

- Yo quisiera escribir una carta, y como no sé, venía...

- ¿A que lo haga yo por ti?

- ¡Oh! Sí, señor.

- ¡Linda ocupación por cierto! Vamos, chica, vete de aquí, y dile á quien te envía que nadie se ha burlado impunemente de mí. ¡Sal!

Y le señaló la puerta con ademán amenazador.

- ¡Oh, Dios mío!, exclamó Paulina con el bellissimo semblante anublado por una aflicción infinita. ¿Qué va á ser de nosotras entonces?

- ¿Pero qué quiere decir esto?, exclamó el escritor menos enojado. Explicáte. ¿Quién te ha mandado aquí?

- Nadie; ni aun mi madre sabe que he venido; se lo juro á usted. Fui yo, yo sola la que pensé esto por ver si podía consolarla de algún modo. Yo... que la veo llorar continuamente porque no tiene pan que dar; porque me ve descalza; porque creo que se va á morir... Lo dice y lo desea muchas veces, y... ¡ay!, ¡yo no quiero que se muera mi madre, caballero!, ¡yo no quiero que se muera mi madre!

Paulina prorrumpió en un mar de lágrimas, y las facciones de Máximo perdieron algo de la expresión desdeñosa y fría que antes se reflejaba en ella.

Reflexionó algunos instantes y preguntó con acento menos duro del que había usado hasta allí:

- ¿Y con esa carta esperas?..

- Que se remedien todas nuestras desgracias y que mi madre sea feliz.

- Pues bien: en ese caso estoy dispuesto á escribírtela, niña. Dedicaré hoy mi pluma é invertiré el tiempo en un trabajo útil, ya que muchas veces ocupo ambas cosas en hacer el mal.

- Conque ¿va usted á hacer lo que le he dicho, á escribir mi carta?

- Sí. Dime á quién he de dirigirla. ¿Es á algún pariente rico quizá?

- No, señor.

- ¿A alguna persona que os debe algo?

- Tampoco.

- ¿Pues á quién es entonces?

- Al Niño Jesús.

- ¿Al Niño Jesús?

- O mejor... mejor á la Virgen Santísima, porque el Niño Dios no sabrá leer todavía.

La pluma se escapó de las manos del periodista.

Miró primero á Paulina con asombro profundo; pero después una expresión de cínica burla se pintó en sus facciones, y soltó una sonora carcajada que dejó sorprendida á la pobre niña.



- Entonces... habla, murmuró el periodista...

El ateo se mofaba de aquella sencilla é inocente fe, que creía y esperaba con tan entera seguridad.

Paulina, que en su candor no podía comprender la causa de la risa del impío, le preguntó con voz angustiada:

- ¿No quiere usted escribir?

- ¡Tú estás loca!, respondió él sin dejar de reír. ¡Escribir á la Virgen! La idea es peregrina. Y ¿qué pensabas decirle?

- Que consuele á mi madre, contestó la niña con una energía superior á sus años; que consuele á mi madre, y que me devuelva á mi padre que hace seis años nos abandonó á las dos; que... pero esto es un secreto que la Virgen sólo debe saber, y si usted no quiere escribir mi carta, yo tampoco le diré nada más.

La risa se apagó de improviso en los labios de Máximo; su frente palideció densamente, y á la vez sintió que su voz temblaba al preguntar á la hermosa niña:

- Y si yo escribo, ¿me confiarás ese secreto?

- Sí, señor, puesto que usted se lo dirá á la Virgen por mí.

- Entonces... habla, murmuró el periodista, que quería saber aquella historia de abandono y lágrimas que había despertado en él no sé si algo más que curiosidad. Habla, repitió cogiendo una pluma y extendiendo en la mesa un pliego de papel para fingir que escribía, como el medio más seguro de que se explicase la niña.

- Mi madre no quiere que cuente esto á nadie, porque dice que mi padre perdería en su buen nombre si se supiese que estaba casado y que viviendo él casi rico, nosotras estamos tan pobres. Por eso me manda que calle; pero á la Santísima Virgen María se le puede decir la verdad. ¿Es cierto, caballero?

- Sí, sí; pero empieza.

- Verá usted lo que yo quiero decir al Niño Dios y á su Madre también. Ponga usted: «¡Virgen mía, tú que oyes á las niñas desgraciadas, toca con tu mano en el corazón de mi padre para recordarle que yo le quiero! Dile que su esposa y su pobre hija se mueren de hambre. Dile que estoy casi descalza; que tengo frío. Dile que mi madre ha dejado su tranquila aldea para venir á buscarle y que no le sabemos encontrar. Dile que todas las noches rezamos por él. ¡Tú, Virgen María, que eres madre de las pobres huerfanitas, devuélveme á mi padre para que yo no lo se!»

Máximo oprimió con entrambas manos sus sienes, sin poder contener su emoción.

- Aún no he acabado, dijo Paulina, viendo que se detenía: aún no he acabado, caballero. Dígame usted también que ayer al salir del colegio entré en una iglesia donde rezaban y pedían... que oí que la llamaban consuelo de los afligidos... que por eso la escribo. Porque también dijeron que escuchaba las súplicas de los inocentes, y á mí me oírán... y le contará á mi padre todo esto. ¡Dígasele usted; dígaselo usted, caballero, para que mi padre lo sepa pronto!

Máximo no podía contestarla. Presa de una profunda emoción, ocultaba la frente entre sus dedos y murmuraba con indiscreta voz:

— ¡Si fuera verdad! ¡Si fuera verdad!

— ¡Oh! Dígame usted también...

— ¡Si fuera verdad que hay un Dios! ¡Si fuera verdad que hay una Providencia!, repetía aquel hombre con acento cada vez más agitado.

— ¿No me escucha usted? ¿No sigue ya?, murmuraba también Paulina con voz más tierna y suplicante cada vez.

— ¡Si fuera verdad!.. Pero no... no puede ser, añadía luego luchando entre su incredulidad y el rayo de luz que pugnaba por penetrar en su alma. ¡No, no puede ser! ¡Yo no tengo nada que ver con esta niña! ¡La casualidad es quien hace todo esto! Porque de otro modo..., de otro modo sería cierto que hay Dios, que hay Dios y que interviene en nuestras acciones, y entonces... entonces sería forzoso creer y esperar. ¡Oh! ¡Repito que no puede ser, que no puede ser ella!

— Yo soy Paulina, Paulina Sandoval. Ponga usted mi nombre en la carta, dijo la niña sin darse cuenta de lo que oía.

Máximo se levantó al escuchar aquellas inocentes palabras.

Con el cabello erizado, con el rostro pálido, con las manos extendidas, sintió brotar en sus ojos, secos por tanto tiempo, un raudal de abrasado llanto.

Su corazón incrédulo, duro y frío hasta entonces, latió con violencia, y absorbió aquellas lágrimas, como el yermo erial absorbe el bienhechor rocío que le ha de tornar en valle fecundo.

Un grito angustioso, pero tierno y sublime, se escapó de sus labios.

Grito que resumía las ternuras, las alegrías y las esperanzas más santas del alma en una frase, en una sola.

— ¡Hija mía!

Y al pronunciar esta frase cubría de besos y de lágrimas la frente purísima de la niña pobre, hambrienta y helada.

De aquella niña que era su hija; la hija de un matrimonio secreto efectuado hacía nueve años en la iglesia de una sencilla aldea. Cadena rota ó aflojada cobardemente cuando el ángel que debía trocarla en lazo de flores contaba algunos meses de edad; cadena rota ó aflojada cobardemente por correr en busca de la posición, del orgullo, del oro; cadena que aborrecía y que anhelaba ocultar porque le ligaba á una mujer pobre y humilde, sin más patrimonio que su virtud, su belleza y sus santas y puras creencias.

¡Oh! Máximo en la corte se había pervertido. El soplo de la incredulidad había secado en su pecho las flores de la piedad, de la fe y del amor, trocándose en un hombre sin corazón, en un alma sin Dios.

¡Qué extraño era que hubiese olvidado ó que renegado hubiera de los lazos que forjó, de los juramentos que hiciera, de la hija que le debía la existencia!

¡Ay! Esto era natural, era lógico, era preciso.

En cambio la madre de Paulina había sufrido sin murmurar y sin revelar á nadie el secreto de aquella unión que había jurado callar.

Y cuando sus penas eran mayores, cuando se sentía sin fuerzas para sufrir su desgracia, «El volverá algún día, murmuraba, y verá que he cumplido fielmente su voluntad.»

Pero el esposo ingrato no volvía, y la infeliz olvidada se decidió al fin á ir á burcarle adonde suponía que debía estar.

Sus esperanzas, sin embargo, quedaron burladas. La corte es muy grande y una pobre joven ignorante y tímida poco podía conseguir, mucho más cuando se había propuesto callar el nombre de su esposo y el motivo de su viaje.

Bien pronto sus recursos se acabaron, y á los seis meses de estar en Madrid, no tuvo más remedio que trabajar para vivir.

Sola, débil, abandonada, lloró mucho y sufrió muchas miserias, y muchas humillaciones también, que acaso hubieran tenido un término funesto si el amor y las caricias de su hija no le hubieran dado fuerza y consuelo.

Cuando Paulina se vió abrazada de aquel modo; cuando oyó que el periodista la llamaba «hija mía», la hermosa niña cruzó sus manecitas y dijo con una voz en cuyo timbre resonaban á la vez el amor, la alegría y la sorpresa.

— Pero ¿es usted mi padre? ¡Mi padre! ¡Y me quiere, y escucha! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué bien decía aquel viejecito, que la Virgen nos concede lo que le pedimos con fe! Mas lo que me extraña..., lo que me extraña es que haya leído tan pronto mi carta! ¡Si apenas estaba escrita! ¡La estaría viendo desde el cielo?

— Sí, hija mía; el ángel de tu guarda..., el mío qui-

zá, han sido los encargados de referirle su contenido, y Ella te ha traído á mis brazos, de donde nunca te separarás.

— Ni mi madre tampoco, ¿es verdad?

— Tampoco. Llévame á su lado, tú que con tu inocencia me has enseñado á creer que hay una Providencia, que hay un Dios que escucha la voz de la inocencia y que nos trae por medios extraños y desconocidos al camino del bien.

* *

Máximo desde aquel día fué un buen esposo y un buen padre.

Paulina tuvo aquel año un precioso nacimiento, y al ver al Dios Niño sonriendo entre los brazos de la Virgen Madre exclamaba:

— Mira, papá. Ella ha escuchado nuestros ruegos y te ha traído junto á nosotras. Las madres y los niños se entienden fácilmente. Cuando alguna huérfana ó algún pobre vengan á que les escribas cartas para Ellos, no dejes de hacerlo. Los mensajes que el alma envía á los cielos, siempre nos atraen el consuelo ó la felicidad.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

Pero en muchos casos basta un campo menos extenso, y en este caso se obtienen dos, tres ó seis imágenes á cada vuelta del laminador, lo cual hace que

gundo, se registra el número de vueltas del disco por los procedimientos ordinarios de la cronofotografía.

En cuanto á la regularidad de la marcha del aparato, está asegurada por la masa de discos rotativos que, girando con gran velocidad, constituyen un excelente regulador.

IV.—EXPERIMENTOS

Cuando se quiere tomar una serie de imágenes sobre una banda pelicular, se empieza por poner á foco en el cristal opaco situado en la caja de las imágenes, que girando al modo de una hoja de puerta sobre sus goznes viene á colocarse en el lugar mismo por donde pasará la película sensible (r). Después de haber apartado el cristal opaco, se carga el aparato introduciendo en él los dos carretes, como antes hemos dicho, se cierra la caja y se da vueltas al manubrio. Cuando el juego de ruedas ha adquirido la velocidad que se desea, si el objeto con el que se experimenta se presenta en condiciones favorables, se oprime el botón que pone en movimiento al laminador é inmediatamente pasa la película y recibe las imágenes. Las películas más grandes que actualmente proporciona el comercio y que tienen algo más de cuatro metros de largo no emplean para pasar totalmente más que $4\frac{2}{3}$. Una vez pasada la película se quita de la caja el carrete receptor y se guarda hasta el momento en que habrá de ser revelada.

Algunos han creído que en la construcción bastante complicada á que hemos recurrido para obtener las paradas de la película nos habíamos tomado un trabajo inútil, pues con alumbramientos muy cortos podía prescindirse de la traslación de la película sensible.

Fácil sería probar por medio del cálculo que durante el alumbramiento la película progresa en una

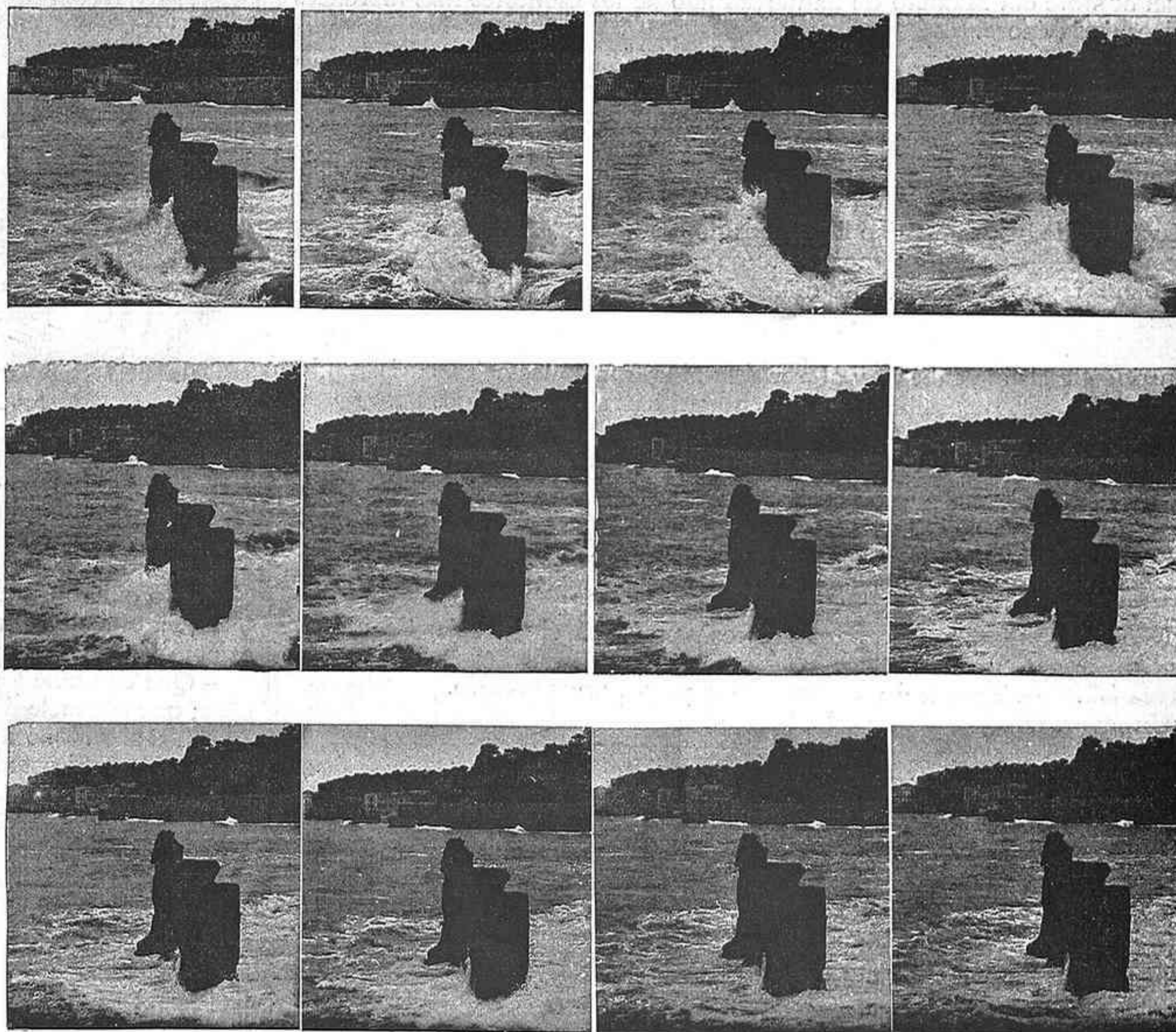


Fig. 14. Fases sucesivas del movimiento de una ola que se estrella en unas rocas, reducción á $\frac{2}{5}$

el número de aquéllos llegue á veinte, treinta ó sesenta por segundo. Para ello no hay más que cambiar el número de los dientes del trinquete del fijador y cambiar simultáneamente el número de ventanas de los discos obturadores: con dos dientes en el trinquete y dos alumbramientos se obtiene una imagen por cada media vuelta del laminador: tres paradas y tres alumbramientos por vuelta del laminador dan imágenes de tres centímetros; seis paradas y seis alumbramientos reducen la imagen á un centímetro y medio.

Con un poco de práctica se llega á regular perfectamente la marcha del manubrio, componiéndose de este modo un número de imágenes sensiblemente constante por segundo; mas como esta aproximación no bastaría para las medidas exactas que exige un experimento científico, si se quiere conocer de un modo rigurosamente preciso el número de imágenes por se-

cantidad suficiente para quitar á las imágenes la limpieza, que es lo que la hace apreciable; pero es más sencillo y convincente, quizás, demostrar por medio de un experimento que sin las paradas no se obtienen imágenes buenas. Para ello regulemos el aparato de manera que obtengamos dos imágenes por cada vuelta del laminador; es decir, estrechemos la ventana de admisión hasta darle las dimensiones que se quiera y produzcamos dos coincidencias en las ventanas del disco obturador; pero en vez de regular el fijador para dos paradas por vuelta, no pongamos en juego más que un trinquete. En este caso sucederá necesariamente que de estas dos imágenes sucesivas, una quedará impresa en la película parada y otra en la

(1) Para mayor precisión, la postura á foco debe hacerse en la lente por el agujero situado en la parte posterior de la caja que se cierra con una cortina de metal.

película en movimiento. Ahora bien: después de reveladas estas imágenes se verá a primera vista que sólo las imágenes que se han producido durante las paradas tienen los contornos perfectamente limpios.

V. - DIFERENTES DISPOSICIONES DEL APARATO SEGÚN LA NATURALEZA DEL OBJETO QUE SE ESTUDIA

Ya hemos visto la disposición del aparato para la cronofotografía sobre una tira móvil; falta sólo indicar el modo de aplicar este método según la naturaleza del objeto que se estudia.

A. *Disposición que ha de darse a las imágenes sobre tira pelicular.* - Cuando la cronofotografía funciona en su posición normal, es decir, descansa sobre su armatoste, produce imágenes que se suceden en serie horizontal de izquierda a derecha. La fig. 14 reproduce doce de estas imágenes en las cuales puede seguirse

las fases del movimiento de una ola que se estrella contra unas rocas: la ola empieza por elevarse y cubrir las rocas de espuma, luego se retira y la agitación del mar cálmase poco a poco (1).

Para estudiar los fenómenos de este género, la mejor manera de hacer sensible el movimiento es reproducirlo sintéticamente por medio del aparato llamado *zootropo*.

Todo el mundo conoce el ingenioso invento de Plateau, quien colocando en la circunferencia de un disco de cartón una serie de imágenes que representaban las fases sucesivas de un movimiento, reproducía a los ojos del espectador la apariencia de este

(1) En el pequeño número de fases representadas en la figura 14 sólo puede seguirse una pequeña parte del fenómeno. En sus dimensiones reales, es decir, en forma de cuadrados de 9 centímetros de lado, estas imágenes eran de una pureza perfecta y aun podían ser aumentadas en cuatro diámetros sin perder nada de su limpieza.

movimiento haciendo dar vueltas al disco delante de un espejo, en el cual se veían las imágenes al través de pequeñas aberturas practicadas en la circunferencia del cartón. Plateau dió el nombre de *Phenakistiscopio* a este instrumento, que fué durante mucho tiempo un juguete científico.

Hace algunos años fué modificado el phenakistiscopio dándole nuevas disposiciones que hacen más cómodo el uso de este aparato: la conocida con el nombre de *zootropo* se presta perfectamente al estudio de los movimientos obtenidos sobre las tiras peliculares.

La tira de papel sensible que ha recibido las imágenes positivas se coloca en el interior de un cilindro hueco en cuya circunferencia hay las aberturas por las cuales el espectador ve sucederse las imágenes mientras el cilindro gira sobre su eje.

(Continuará)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

ELIXIR

DE

Protocloruro

DE HIERRO

CON HIPOFOSFITOS

DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, no tiene rival y es el remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad e inapetencia y menstruaciones difíciles. Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados. - Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS. - MEDIA BOTELLA, 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

CARNE y QUINA

El Alimento más reparador, unido al Tónico más energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

FALTA DE FUERZAS

ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD CONSUMCION



EL HIERRO BRAVAIS

representa exactamente el hierro contenido en la economía. Experimentado por los principales médicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómense veinte gotas en cada comida. Exíjase la Verdadera Marca. De Venta en todas las Farmacias. Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, París.

JARABE DEL DR. FORGET

contra los Reumas, Tos, Crisis nerviosas é Insomnios. - El JARABE FORGET es un calmante célebre, conocido desde 30 años. - En las farmacias y 28, rue Bergère, París (antiguamente 36, rue Vivienne).

Las Personas que conocen las

PILDORAS del Dr. DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, éste no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio . 12 REALES. Bañir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Frasco: 5 fr.

PUREZA DEL CUTIS

en París

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

para ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EPLORESCENCIAS ROJECES & C.

pose y conserva el cutis limpio y terso

EN ST-DENIS, 18

MEDICACION ANALGÉSICA

Solucion y Comprimidos DE EXALGINA DE BLANCARD

JAQUECAS COREA REUMATISMOS DOLORES NEURALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento

CONTRA EL DOLOR

PARIS, rue Bonaparte, 40

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

a 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos a quien los solicite dirigiéndose a los Sres. Montaner y Simón, editores

LICOR LAVILLE GOTA

del Dr. LAVILLE REUMATISMOS

Específico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso. F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS VENTA POR MENOR. - EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



ÉRASE QUE SE ERA..., cuadro de Pennasilico

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Médallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Esquistismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y AROUD

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK

Querido enfermo. — Fíjese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS DE SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
 ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 80.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese en PLOUVE. DUSSEY, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN